

15

Breviarios de la Investigación

B

ACERCA DEL ESTADO Y LA DEMOCRACIA

Jaime Osorio



ATM UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN, DESARROLLO Y INNOVACIÓN

**ACERCA DEL ESTADO
Y
LA DEMOCRACIA**

**Universidad
Autónoma
Metropolitana
Unidad Xochimilco**

*Para
Baudilia y Germán*

Universidad Autónoma Metropolitana
Rector General, doctor Gustavo Chapela Castañares
Secretario General, doctor Enrique Fernández

Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco
Rector, arquitecto Roberto Eibenschutz Hartman
Secretaria, licenciada Cesarina Pérez Pría

División de Ciencias Sociales y Humanidades
Directora, doctora Sonia Comboni Salinas
Secretaria académica, licenciada Iris Santaacruz Fabila

Responsable de publicaciones de la DCSH,
licenciado Víctor Ortega

Cuidado de la edición:
Víctor Ortega

D.R. © 1989. Universidad Autónoma Metropolitana

**Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Col. Villa Quietud, Coyoacán
C.P. 04960 México, D.F.**

ISBN 968-840-740-2

Impreso y hecho en México

INDICE

Prólogo	9
La dilución del poder y del Estado en Gramsci	13
Acerca de la democracia	29
Estado y dominación en Chile	45
América Latina después de las bayonetas	77

**ACERCA DEL ESTADO
Y
LA DEMOCRACIA**

Jaime Osorio

Profesor Jaime Osorio
Departamento de Relaciones
Sociales, UAM-X
México, marzo de 1990

Prólogo

Los estudios sobre el Estado y la democracia han ganado creciente atención de los especialistas latinoamericanos en los últimos años. Este interés se funda en movimientos reales que se desarrollan en la región, estrechamente ligados a los problemas del poder y a las formas de ejercerlo.

La instauración de los regímenes militares en el cono sur del continente dio origen a una amplia y rica discusión respecto al carácter de estos procesos. Existía consenso sobre la impronta dictatorial de las nuevas formas de dominación. Pero se discrepaba sobre el segundo componente de la definición: fascista o militar.¹

El triunfo de la revolución nicaragüense vino -desde otro ángulo- a incentivar la discusión teórica y política sobre el estado latinoamericano y en particular sobre sus características en algunos países centroamericanos. No había acuerdo acerca de si el régimen somocista era la expresión de las formas más atrasadas de dominación, resultado de un desarrollo capitalista insuficiente o, por el contrario, constituía la contraparte moderna y más desarrollada de una forma particular del capitalismo dependiente.

Tales eran algunos de los puntos en debate, con profundas implicaciones, cualquiera que fueran las respuestas que se ofrecieran, en los procesos revolucionarios en marcha en otros países de la subregión, como Guatemala y El Salvador.

El auge de las movilizaciones populares, en aras de lograr poner fin a los regímenes militares y la agudización de los conflictos interburgueses que se suscitan en muchos países

¹Una buena exposición de las diferentes posiciones puede verse en *Cuadernos Políticos* n. 18 octubre-diciembre de 1978. Edit. Era, México.

governados por las fuerzas armadas, da mayores bríos a los estudios que ponen en su centro de atención el fenómeno de la democracia.

¿Qué entender por democracia? y ¿cuáles son las vías para alcanzarla en la región? son algunas de las preguntas que dominan el escenario.

Un punto importante en medio de estos debates es la revalorización del fenómeno democrático por parte de fuerzas políticas de izquierda y una mejor comprensión del papel que juega este proceso en una estrategia revolucionaria.

En este volumen se han reunido cuatro ensayos escritos en distintos momentos y para diferentes publicaciones, pero que tienen como denominador común la preocupación por los problemas del Estado y de la democratización.

El primero de ellos, "La dilución del poder y del Estado en Gramsci" fue publicado inicialmente en el primer número de la revista chilena *Debate y cambio*.²

El segundo material -"Acercas de la democracia"- también tiene como centro el debate teórico. Es una crítica a ciertas propuestas del intelectual italiano Norberto Bobbio sobre el tema, al tiempo que se formula la pregunta de si la democracia es una concesión de las clases dominantes o una conquista del movimiento popular. El énfasis en una u otra concepción tiene implicaciones diversas en la valoración y comprensión del fenómeno.

Este ensayo fue publicado por la revista mexicana *Cuadernos Políticos* en su número 44, de julio-diciembre de 1985.³

Los otros dos materiales tienen referentes específicamente regionales. "Estado y Dominación en Chile" busca dar cuenta de los cambios que sufre el sistema de dominación en el país conosureño luego de la instauración de la dictadura militar que encabeza Augusto Pinochet. Al mismo tiempo, se desarrollan algunos elementos que explican porqué fue posible el ascenso de las fuerzas armadas a las cúspides del Estado.

²Santiago, Chile, mayo 1986. Se trata de un material teórico que a partir del estudio crítico de las diversas definiciones gramscianas sobre el Estado, entrega algunos elementos para el análisis del poder.

³Edit. Era, México.

"Estado y Dominación en Chile" fue publicado también por la revista *Cuadernos Políticos* en su número 36, de abril-junio de 1983.⁴

El último ensayo incluido en este libro -"América Latina después de las bayonetas"- fue escrito para el periódico *Le Monde Diplomatique*⁵, y plantea los condicionantes que agotaron a los regímenes militares en la región como fórmula de gobierno, así como las características que presentan los nuevos gobiernos civiles.

México, D.F., septiembre de 1988.

⁴Edit. Era. México.

⁵Edición en español, Año VIII, Nº 88, mayo 1986. Pág. 29.

La dilución del poder y del Estado en Gramsci

Introducción

La reflexión en torno a las relaciones de la sociedad con el Estado y entre éste y la economía, están estrechamente asociadas al análisis de los límites del Estado, a su especificidad y campo propio, y al terreno que corresponde a la sociedad sin más. Las respuestas que se formulen sobre estos temas plantean una gama abigarrada de problemas en donde a los peligros del reduccionismo¹ se suman los del “extensionismo”, es decir, de visiones que borran las particularidades del Estado y diluyen su noción a través de ampliar sus límites.

Abordar estos problemas es ubicarse en uno de los puntos esenciales de las ciencias sociales y de la teoría política en particular, ya que el fenómeno estatal está en estrecha unidad con los procesos de integración y cohesión de un orden social como también con los de su ruptura y transformación. Por ello asumimos con Gramsci que

¹Para una síntesis de las diversas modalidades de reduccionismo, véase el Epílogo al libro compilado por Norbert Lechner, *Estado y Política en América Latina*, siglo XXI, México, 1981. Por lo general el reduccionismo más criticado es el economicismo. Con este calificativo ciertas corrientes intentan desacreditar cualquier análisis que busque en la economía elementos para una reflexión de lo social y lo político. Con razón Miliband sostiene que “el término ‘economismo’ ha sido utilizado en sentidos amplios y ha llegado a cubrir una multitud de pecados verdaderos e imaginarios” *Marxismo y política*, Siglo XXI, España, 1978, pág. 15-16

“analizar las discusiones suscitadas (...) a propósito de los límites de la actividad del Estado, es la discusión más importante de la doctrina política”.²

Pocos autores han concentrado la atención de los científicos políticos en el último tiempo como Antonio Gramsci. Al “descubrimiento” del revolucionario italiano ha seguido una multiplicidad de “lecturas” e interpretaciones y las más variadas posiciones teóricas y políticas buscan inspiración y justificación en sus escritos y en su conceptualización.³

Lo cierto es que esta paradoja, como intentaremos ver en las páginas que siguen, obedecen al desfase existente entre las preocupaciones de Gramsci en tanto estratega y dirigente revolucionario y el Gramsci escritor, particularmente el de la cárcel, quien bajo una serie de circunstancias adversas, como la censura carcelaria y la relativa soledad teórico-intelectual en la que escribe, no precisa con rigurosidad los problemas

²*Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno* Juan Pablo, Editor, México, 1975, pág. 159

³La diversidad de interpretaciones de Gramsci hace difícil aproximarnos a todas ellas. Sólo a título de ejemplo destacamos: Huges Postelli, *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI, editores, XI edición, 1985. Portelli señala que el aporte original de Gramsci atañe al estudio del vínculo orgánico entre estructura y superestructura. Este vínculo es el nudo del bloque histórico, pág. 143. G. Vacca comparte esta postura. Así señala que en torno a la noción de bloque histórico “giran y se anudan todos los elementos de la concepción gramsciana de la política y de la historia. Esta noción es un poco el alma de su marxismo”. Véase “Discutiendo sobre el Socialismo y Democracia” en *¿Existe una teoría marxista del Estado?* de Bobbio et. al. México, U. de Puebla, 1980, Pág. 99. J.C. Portantiero, *Los usos de Gramsci*, México 1977. Cuadernos de Pasado y Presente, N. 54. Para Portantiero el hilo conductor de (...) todos los fragmentos” de su obra su concepción de la revolución”, pág. 19. Norberto Bobbio, *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*, op. cit., para quien “para una reconstrucción del pensamiento político de Gramsci, el aspecto clave, el concepto necesario como punto de partida es el de sociedad civil”. (pág. 70). Christine Bacic-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, Siglo XXI editores, México 1978, señala que la noción de hegemonía es la clave del pensamiento gramsciano. Igual idea subyace en E. Laclau quien señala: “la noción de hegemonía es el principio articulado diferencial de los elementos de una formación social”. *Política e ideología en la teoría marxista*. México, Siglo XXI editores, 1980, página 53 1980.

para los cuales busca respuestas, ofreciendo soluciones que lo conducen por derroteros alejados de sus motivaciones subjetivas: encontrar las vías de la revolución para los países regidos por democracias burguesas parlamentarias.

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con su concepción del estado. Es conocido que en Gramsci existe más de una visión sobre el Estado en cuanto a sus límites, instituciones, que lo componen, funciones que desarrolla, etcetera.⁴

En rigor, es posible distinguir tres versiones, cada una de las cuales -a partir de no reducir la dominación burguesa a los aspectos puramente coercitivos- introduce problemas teóricos y políticos relevantes, pero ante las imprecisiones como son abordadas, en gran medida obscurecen el panorama que se quiere despejar.

Primera visión: El Estado es la sociedad política, esfera de la coerción, distinto a la sociedad civil, esfera del consenso.

Para el marxismo clásico el Estado se identifica con la fuerza y la coerción y constituye el núcleo central del poder de las clases dominantes. En este enfoque se entiende que las instancias de la llamada *sociedad civil* juegan un papel destacado en la dominación, pero secundario, y se asume que se ubican *fuera del Estado*.

Esta primera visión de Gramsci pareciera que se sitúa en el campo de las formulaciones clásicas del marxismo.

Gramsci contrapone la visión de una sociedad civil separada del Estado, propia de "Occidente", con la situación prevaleciente en "Oriente", en donde "el Estado

⁴Véase al respecto el cuidadoso y documentado trabajo de Perry Anderson "Las antinomias de Antonio Gramsci" en *Cuadernos Políticos* n. 13, México, Editorial Era, julio-septiembre de 1977. En diversos aspectos este material nos sirve de orientación en el análisis que sigue. Sin embargo, mantenemos diferencias en cuanto a las fórmulas de Estado que Anderson ubica en Gramsci, como en las derivaciones políticas que de ellas desprende.

era todo y la sociedad civil (sólo) era primitiva y gelatinosa”. En Occidente, por el contrario “entre Estado y sociedad civil existía una justa relación”⁵

Si hasta aquí la visión resume “ortodoxia”, en la continuación del párrafo recién citado vemos que estamos frente a otra concepción. Así se señala que “bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. *El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas.*”⁶

La idea que el Estado es el aspecto secundario, “exterior” de la dominación y la hegemonía, y el consenso, o en otras palabras, la sociedad civil, el aspecto fundamental, el centro de la dominación, constituyen las claves de este enfoque sobre el problema estatal.

De esta visión y del sinnúmero de problemas que plantea nos centraremos en dos: en la idea misma del Estado y del poder y en la estrategia de lucha por la hegemonía.

Respecto a lo primero, es evidente que estamos frente a un trastocamiento de la visión clásica para la cual el Estado es el punto nodal del poder y los elementos ideológicos y consensuales de la sociedad civil los complementarios y “exteriores”. La democracia parlamentaria capitalista desarrolla justamente una serie de “trampas” con el fin de impedir que las luchas populares apunten sus miras hacia el Estado y queden empantanadas en toda una serie de trincheras que ocultan los núcleos del poder y su carácter de clase. Tales son algunas de las principales funciones de los “aparatos ideológicos”.

El Estado no es por tanto una trinchera exterior en la dominación. Por el contrario, es su centro, protegido y velado por una multiplicidad de “trincheras” y “casamatas”.

La preocupación de Gramsci por ponderar el consenso en el sistema de dominación de Occidente, lo lleva a ex-

⁵Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo ... op. cit.* pág.95

⁶*Ibidem.* pág. 96 (subrayado nuestro J.O.).

tralimitar su importancia, haciendo de la sociedad civil su aspecto clave.

Esto, a su vez, implica una nueva concepción del poder el cual ya no se concentra particularmente en el “débil” Estado, sino que se encuentra atomizado en una serie de instituciones, las que conforman la “robusta” sociedad civil. Si esto es así, se puede concluir, como lo hace Portantiero, que “el poder no se toma a través de un asalto, porque el mismo no está concentrado en una sola institución, el Estado-gobierno, sino que está diseminado en infinitud de trincheras”.⁷

La guerra de posiciones, en tanto guerra de desgaste de la hegemonía burguesa y de disputa, trinchera por trinchera, de esa capacidad de dirección, se constituye en la estrategia clave para la consecución del poder, que dada su dispersión y atomización puede irse conquistando gradualmente, “no por asalto”, sino tras la sumatoria de pequeñas conquistas parciales.

No es difícil comprender el encanto que ejercen estas ideas a muchas posiciones reformistas, que buscan fuerza en el prestigio del revolucionario italiano.

Es claro que las últimas derivaciones difícilmente las asumiría Gramsci de manera explícita, ya que rompen con el espíritu que orienta sus preocupaciones: las vías de la revolución en “Occidente”, y no de su simple reforma. Pero el desfase existente entre sus soluciones y sus reales preocupaciones alcanza en ellas toda su evidencia. Las propuestas de Gramsci conducen a planteamientos como los anteriores. De allí que el rescate de su pensamiento revolucionario debe hacerse desde una visión crítica a sus propias formulaciones.⁸

⁷“J.C. Portantiero”. *Los usos de Gramsci*, Cuadernos de pasado y presente n. 54, México 1977, pág. 20. No está de más señalar que en cierto tipo de literatura la idea de asalto al poder, a diferencia de Lenin, es utilizada como sinónimo de complot, blanquismo, etc. con lo cual más que desechar una concepción revolucionaria, se está contraponiendo el aventurerismo a la guerra de posiciones.

⁸“La deuda que todo marxista contemporáneo tiene con Gramsci sólo puede ser saldada si se toman sus escritos con la seriedad de un verdadero espíritu crítico” P. Anderson., *Las antinomias...*, *op. cit.* pág. 52.

En tanto la lucha por el poder se define a nivel de la dirección, la disputa por la hegemonía asume un papel central. El impreciso discurso de Gramsci presenta en este terreno toda su dimensión. Porque cuando habla de clase dominantes o clases hegemónicas no queda claro si se refiere a la burguesía o si al proletariado. El que sea una u otra plantea diferencias sustanciales en cuanto a la concepción misma de la hegemonía.

En efecto, y tal como señala Anderson “el concepto de hegemonía de Gramsci (...) contiene un peligro potencial” ya que este término “originado en Rusia para definir la relación entre el proletariado y el campesinado en una revolución burguesa, fue trasladado por Gramsci para describir la relación entre la burguesía y el proletariado en un orden capitalista consolidado en Europa Occidental”. Y prosigue Anderson arribando al centro del problema: “si bien en Rusia el término podía agotar la relación entre proletariado y campesinado, ya que era una alianza entre clases no antagónicas, lo mismo nunca podía ser cierto en, por ejemplo, Italia o Francia respecto a la relación entre burguesía y proletariado que es inherente a un conflicto entre clases *antagónicas*, basado en dos modos de producción adversarios. O sea, el dominio capitalista Occidental comprendía necesariamente la coerción además del consenso”.⁹ Por lo tanto, cuando Gramsci plantea la necesidad del proletariado de transformarse en clase hegemónica *antes* de la conquista del poder, surgen una serie de interrogantes. El primero, ¿se está aludiendo a un tipo de hegemonía igual a la que mantiene la burguesía, esto es, dirección no sólo sobre los aliados, sino, también, sobre clases antagónicas como el proletariado y el campesinado? Si esto es así, ¿es posible alcanzar una hegemonía de esta naturaleza sobre clases antagónicas por parte del proletariado? Y si es posible, ¿se puede alcanzar *antes* de la conquista del poder?

La respuesta a estos interrogantes no encuentra una dirección unívoca en la obra de Gramsci, ya que aparte de

⁹*Ibidem*, pág. 33. (subrrayado en el original)

la indeterminación sobre la clase a la que se refiere cuando habla de alcanzar la hegemonía, también plantea diversas concepciones sobre la noción de hegemonía. En efecto, existen formulaciones en donde la concepción de la hegemonía se establece sobre la base de una dialéctica entre el consenso y la coerción, cuestión que ha llevado a algunos autores a señalar la similitud con Lenin en este terreno.¹⁰

Así, por ejemplo, Gramsci sostiene que “el ejercicio ‘normal’ de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría” (*Notas sobre Maquiavelo...*, op. cit., pág. 135).

Sin embargo, lo fundamental en Gramsci respecto al planteamiento de la hegemonía está referido a la noción de dirección y de consenso. La preocupación central de su obra arranca justamente de constatar la capacidad de la burguesía de dominar con consenso, de establecerse sobre la base de la dirección sobre el conjunto de las clases sociales.

Porque domina este planteamiento es que autores como Buci Glucksmann pueden señalar que “la hegemonía no se identifica en absoluto con la fuerza. La hegemonía de una clase en un proceso histórico, no se impone, se conquista mediante una política de alianzas que abre una perspectiva al conjunto de la sociedad, haciéndola ‘avanzar’”.¹¹

Las indeterminaciones presentes en la noción de la hegemonía con la definición de la guerra de posiciones - estrategia larga y fatigosa de trinchera en trinchera por alcanzar la dirección de la sociedad como línea central de lucha-

¹⁰Pueden verse como ejemplos el planteamiento de José Aricó en el Prólogo a la edición de Juan Pablo sobre las *Notas sobre Maquiavelo*, al igual que el excelente ensayo de Atilio Borón y Oscar Cuellas Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía *Revista Mexicana de Sociología*, No.4, México, UNAM, oct. dic. 83

¹¹Cristine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, México, Siglo XXI, editores, 1978, pág. 9. En general este es un libro escrito de manera confusa y que más que aclarar hace más difícil la comprensión de los problemas que busca resolver.

constituyen un rico basamento para todas aquellas posiciones que hacen de las formas parlamentarias el eje fundamental de su actividad “rupturista”.¹²

Segunda Visión: El Estado comprende tanto a la sociedad civil como a la sociedad política.

La preocupación por demostrar que el Estado “Occidental” no es sólo coerción sino también consenso, encuentra en esta visión una nueva respuesta.

Para definir las nuevas funciones estatales Gramsci plantea como solución la extensión de los límites del Estado, el cual pasa a identificarse con el conjunto del sistema de dominación: ya no abarca sólo a la sociedad política sino que además incorpora a la sociedad civil. En palabras de Gramsci, “Estado es igual a sociedad política más sociedad civil, vale decir, hegemonía revestida de coerción”.¹³

La necesidad de ampliar el campo estatal arranca en este enfoque del hecho que *Gramsci ubica las funciones del consenso exclusivamente en la sociedad civil*. Sin embargo, es discutible que el consenso resida exclusivamente en la sociedad civil bajo el régimen burgués parlamentario y que sea utilizando sólo esos instrumentos como las clases dominantes ganan la hegemonía. Si bien las instituciones de la sociedad civil son importantes en este aspecto, la anuencia

¹²Anderson plantea que de esta concepción de Estado se derivan las posiciones socialdemócratas de izquierda. Creemos que también alimenta a corrientes marxistas de connotación reformista

¹³*Notas sobre Maquiavelo...op. cit.* pág. 165. Es importante señalar que en el párrafo previo a la cita anterior, Gramsci indica que “en la noción general del Estado entran elementos que deben ser referidos a la sociedad civil”, esto es, que busca limitar el campo del Estado incluyendo sólo a cierta parte de la sociedad civil y no al conjunto, como al final tiende a ocurrir con la fórmula que cierra el razonamiento. Sin embargo, aún siendo sobre ciertos elementos de la sociedad civil, lo que está haciendo es extender la noción del Estado. El problema es asumir que el Estado es también consenso, pero sin ampliar a la sociedad civil, cuestión que abordaremos en páginas más adelante.

a los sectores dominantes en el capitalismo democrático se logra fundamentalmente por la acción del propio Estado, por el carácter que asume la democracia representativa como modalidad de dominación y por sus efectos “ideológicos” sobre las distintas clases.

Como bien se ha señalado “la forma fundamental del Estado parlamentario occidental -la suma jurídica de sus ciudadanos- es el eje de los aparatos ideológicos del capitalismo”. Esto es así, porque si bien todo sistema de clases busca el acuerdo de los dominados, bajo el capitalismo este acuerdo se logra sobre la base de presentar a todos los individuos, a los ciudadanos, como iguales, escondiendo las desigualdades que operan desde la base material, en su relación frente a los medios de producción. Por ello, la especificidad del consenso ganado por las clases dominantes en el capitalismo es que adopta la forma fundamental de una creencia por parte de las masas de que son ellas las que ejercen en definitiva su autodeterminación. No es pues la aceptación de la superioridad de una clase dirigente reconocida (ideología feudal) sino la creencia de la igualdad democrática de todos los ciudadanos en el gobierno de una nación, o dicho de otra manera, incredulidad en la existencia de una clase dirigente.¹⁴

De esta forma, *la especificidad del Estado “Occidental”* no sólo reside en poseer el monopolio de la coerción, sino también en la capacidad de generar consenso, de dirigir. Esta capacidad está presente en su modalidad democrático-parlamentaria, si bien no agota todas las instancias que generan consenso en la sociedad. Por tanto, para comprender la combinación coacción-consenso, no es necesario extender los límites del Estado sobre la sociedad civil.

La falsa solución gramsciana abre, sin embargo, una línea de reflexión de vital importancia referida a la diversificación de la actividad estatal. En efecto, desde la segunda posguerra, y por necesidades que arrancan particularmente del plano económico,

¹⁴P. Anderson., *Las antinomias ...op. cit.*, pág. 23.

los estados capitalistas tendieron a extender sus funciones en la sociedad, tanto en el plano propiamente productivo (por ejemplo, realizando inversiones en empresas rentables), como en los servicios sociales (apoyando la educación, la seguridad social, la vivienda). Como resultado de este proceso se produjo una ampliación de la actividad estatal, lo que ha dado margen a una concurrenada reflexión referida al papel del Estado en la economía.

Esa expansión estatal se realizó sin afectar el desarrollo de canales de expresión de las clases dominadas y más bien, en el caso de los países capitalistas desarrollados, fortaleciendo ese desarrollo, con el auge de partidos políticos, de los medios de comunicación, etc. En otras palabras, el crecimiento de la actividad económica y las funciones sociales del Estado no se hicieron en desmedro de la sociedad civil. Creció el Estado, pero también se expandió el radio de expresión de las clases. En el plano propiamente económico, la gestión estatal complementó las debilidades de las clases dueñas del capital, incapaces de desarrollar grandes inversiones o bien no dispuestas a invertir en terrenos de dudosa o nula rentabilidad. El keynesianismo alentó estas tendencias en donde el Estado no “copo” a la sociedad civil.

Esta forma de “extensión” estatal nada tiene que ver con aquella otra forma en donde efectivamente el crecimiento de los límites estatales se hace a costa de la sociedad civil. Tal es lo que ocurre por ejemplo en los regímenes dictatoriales en donde desde el Estado se pasa a controlar los medios de comunicación, la educación, los sindicatos, los partidos políticos, etcétera.

Una buena ejemplificación de estas dos formas distintas de “extensión” estatal nos la ofrece la sociedad chilena de los

¹⁵El análisis de este último período lo hemos realizado en Estado y dominación en Chile. *Cuadernos Políticos*, no. 36, México, Era, 1983. Para una visión del período democrático en Chile remitimos a nuestro trabajo, *Raíces económicas y sociales de la democracia y su ruptura. Estudio sobre Chile*. Tesis doctoral. Centro de Estudios Sociológicos. El Colegio de México, 1985, publicado por editorial ERA bajo el título, *Raíces de la democracia en Chile. 1850-1970*, México, 1990.

últimos 50 años, con un fuerte peso de la actividad estatal bajo el período democrático, salvaguardando los instrumentos de expresión “civil” de las clases, y lo que ocurre posteriormente bajo el régimen dictatorial, en donde el Estado ha absorbido parte sustancial de la llamada sociedad civil.¹⁵

Los elementos anteriores hacen patente los problemas que plantea la “extensión” del campo estatal sobre la sociedad civil. En primer lugar, no permite analizar la diversidad de situaciones históricas en cuanto a las relaciones específicas que presentan el Estado y la sociedad civil. Si asumimos, desde la partida, que el Estado incluye a la sociedad civil, no podremos diferenciar por ejemplo las particularidades que en este plano se establecen entre las formas democráticas y dictatoriales en el capitalismo.

Una aspecto específico de las modalidades democráticas de dominación es la autonomía que gana la sociedad civil respecto del Estado. El Estado forma parte del sistema de dominación, es su núcleo central, pero en éste juegan también un papel destacado otros elementos que, con la conceptualización gramsciana, llamamos sociedad civil. El sistema de dominación es entonces la articulación del Estado y la sociedad civil.¹⁶

Teóricamente es importante asumir las diferencias entre estos elementos, si bien en ciertas coyunturas históricas tiende a producirse una concentración de funciones en el Estado, como hemos señalado por ejemplo en el caso de las dictaduras militares. Definir como Estado a las instancias de la sociedad civil

¹⁶Para la distinción entre Estado y sistema de dominación, véase de Ruy Mauro Marini, *La pequeña burguesía y el problema del poder en El reformismo y la contrarrevolución*, Editorial Era, México 1977.

¹⁷En esa línea va la reflexión de Buci-Glucksmann cuando señala que desde el momento en que el Estado ya no se limita tan sólo a la esfera del gobierno y de la dominación (lo que Gramsci llama Estado en sentido restringido), sino que se apoya en los diferentes aparatos de hegemonía de la sociedad civil y política, (...) toda lucha de masas de las fuerzas de la cultura, las luchas de las mujeres en el aparato social y familiar, se convierten en un aspecto de la lucha política en su conjunto *Gramsci y el Estado*, op. cit., pág. 9. El sentido político de estas luchas es empleado en tanto connotación directa con el poder, ya que sin que el Estado se apoyara en esos aparatos esas luchas serían aspectos de la lucha política en su conjunto.

favorece por otro lado la indeterminación de los centros reales del dominio, lo que impide una jerarquización de la lucha política, dentro de una estrategia de poder. Así, frente a un Estado tan extenso, cualquier lucha lo alcanza y se convierte en lucha directa por el poder, sea esta por cargos municipales, parlamentarios, en los medios de comunicación, la enseñanza, etcétera.¹⁷

Es siguiendo la línea de reflexión de Gramsci que Althusser y posteriormente Poulantzas desarrollan la noción de "aparatos ideológicos de Estado".¹⁸

La preocupación de estos autores es la misma que el revolucionario italiano: el Estado es más que simple coerción en los regímenes democráticos capitalistas. La idea de un Estado que no es sólo aparatos de coerción sino también ideológicos, constituye la solución del problema. Los aparatos ideológicos reemplazan el concepto de sociedad civil en la concepción gramsciana. Pero los problemas teóricos y políticos que se introducen son similares.

Tercera Visión: El Estado es la sociedad civil

"La dirección del desarrollo histórico -señala Gramsci- pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil, que es también Estado o mejor, *que es el Estado mismo*".¹⁹

Si en las dos anteriores versiones el aspecto coercitivo del Estado es relegado, bajo esta visión este punto desaparece totalmente, constituyéndose el Estado-consenso. El dominio del capital es ejercido exclusivamente por la hegemonía.

¹⁸Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Comité de Publicaciones de los alumnos de la Escuela Nacional de Antropología, México, 1975. Allí Althusser señala: "Gramsci es hasta donde nosotros conocemos, el único que ha avanzado por el camino que aquí tomamos. Él ha tenido esta idea singular de que el Estado no se reducía al aparato (represivo), sino que comprendía, como él decía, cierto número de instituciones de la sociedad civil: la iglesia, las escuelas, los sindicatos, etc." *op. cit.* pág. 26.

¹⁹*Notas sobre Maquiavelo... op. cit.*, pág. 164 (subrayado nuestro J.O.).

En la segunda visión es el Estado el que avanza sobre la sociedad civil, ganando con ello en capacidad de dirección y de consenso. Aquí, por el contrario, es la sociedad civil la que avanza sobre el Estado, perdiendo éste toda connotación coercitiva. A partir de aquí también entra a quedar diluída la connotación clasista del Estado, ya que el avance de la sociedad civil implica la capacidad de las distintas clases de imponer su signo en aquél. Las posiciones dominantes en el Estado dependen de la capacidad de hegemonía que alcancen las clases ya que constituye un territorio indeterminado, capaz de ser conquistado por intereses diversos. El proceso de conquista del poder se reduce así a la capacidad del proletariado y sus aliados de *acorrallar* los intereses de la burguesía y de ir estableciendo su impronta al interior del Estado.

Las versiones socialdemócratas encuentran en esta visión un buen apoyo para sus formulaciones.

A modo de conclusión

Es común que muchos de los intérpretes de Gramsci otorguen a la “sociedad civil” connotaciones populares, en confrontación con el Estado. Se entiende que la demanda de “más espacio a la sociedad civil”, de por sí constituye una reivindicación progresista, inscrita en la línea de una mayor democratización de la sociedad.

Sin embargo, los cortes de clase en este terreno no son tan simples y la sociedad civil muestra ser un complejo de intereses diversos y contradictorios.

Hasta hace algunos años -antes que comenzara la liquidación de los regímenes militares- en diversos países de América Latina se vivió una situación paradójica sino francamente contradictoria a nivel gubernamental: se combinaban teorías económicas neoliberales y monetaristas con ideologías políticas totalitarias.

Las primeras -expresión acabada de los intereses del capital monopólico- sostienen la necesidad de reducir el

papel del Estado en la economía, permitiendo al capital privado controlar industrias estratégicas. "Menos Estado" ha sido una de las consignas levantadas por el gran capital en Brasil, Argentina, Chile o México, siendo su complemento la demanda de mayor espacio para la sociedad civil.

Diffícilmente podría aceptarse que esta reivindicación constituye parte de un programa popular. Más bien está en sus antípodas.

Es pertinente plantear la reducción de la ingerencia estatal en la economía, aún contra la opinión de quienes ven en su gestión la mejor posibilidad de salvaguardar los intereses de las clases subalternas. Pero esta reducción no puede hacerse favoreciendo el avance de las posiciones del capital, sino, por ejemplo, impulsando mecanismos de autogestión en las empresas. Lo anterior tiene por objetivo mostrar que la simple reivindicación de "más sociedad civil" no resuelve los cortes de clase y que, por el contrario, bajo su amplia cobertura pueden convivir posiciones francamente encontradas.

En muchos casos las mismas voces que propician la reducción estatal en lo económico, son las que justifican la expansión del Estado sobre las estructuras políticas e ideológicas, vía el control de los partidos y sindicatos, los medios de comunicación, el contenido de la enseñanza, etcétera. Se ha reproducido, en otro nivel, las concepciones prevalecientes a mediados del siglo pasado cuando teníamos una clase dominante liberal en lo económico y oligárquica en lo político.

Al avanzar la democratización en América Latina, un heterogéneo conglomerado social ha pasado a jugar un rol protagónico en el proceso, teniendo como trasfondo la exigencia de una creciente apertura para el conjunto de la sociedad civil.

No cabe duda sobre la importancia de la liquidación de las dictaduras militares y la conformación de gobiernos civiles, pero tampoco caben dudas que en las diversas soluciones alcanzadas hasta ahora, han sido los intereses

de sectores dominantes los que se han impuesto, dejando en lugares subordinados los intereses de las clases populares.

Alfonsín, Sarney o Sanguinetti son expresión de fracciones burguesas hoy democráticas, sin que esto niegue las más o menos amplias alianzas sociales que han logrado conformar.

Las luchas por “más sociedad civil” no han tenido así resultados homogéneos para todas las clases. Todo esto plantea la urgencia de precisar los contenidos populares de una reivindicación tan amplia.

Como puede apreciarse, surgen diversas dificultades al asumir acriticamente los planteamientos gramscianos para el análisis de la democracia capitalista y su superación en una nueva hegemonía. Los problemas abiertos por el revolucionario italiano siguen siendo importantes para la definición de una estrategia política que busque alcanzar un nuevo orden social socialista y democrático. Pero la solución no parece acercarse por la vía de una lectura lineal de sus escritos. Los reales aportes de Gramsci a la teoría revolucionaria están aún por codificarse.

Acerca de la democracia

INTRODUCCION:

La democracia es hoy una de las reivindicaciones centrales del movimiento popular latinoamericano, al mismo tiempo que constituye tema prioritario de las discusiones teóricas y políticas en la región.

En la copiosa producción teórica que aborda este tema se hace presente cierta línea de reflexión que desecha las posiciones de clase en torno al contenido de la democracia, pronunciándose por democracias “sin apellido” y dejando en la indefinición a los sujetos sociales que le imprimen su sello. Con esto se busca establecer una línea de continuidad entre la democracia en el capitalismo y el socialismo, salvándose con un salto teórico las exigencias de la ruptura y de la revolución.

En este artículo se discuten algunas ideas en torno a las condiciones materiales que inciden en el establecimiento de regímenes democráticos y en qué sentido y bajo qué condiciones es posible concebir a estas modalidades de gobierno como una “conquista” del movimiento popular, idea clave en aquellas concepciones que tienden a relegar el carácter de clase del Estado capitalista y que conciben la revolución como una simple acumulación de medidas democráticas.

1.- Las bases materiales de la democracia

La ruptura que se establece en ciertos análisis entre los factores económicos y políticos provoca una tal autonomía

de los fenómenos estatales que conlleva a explicaciones parciales al hacerlos ajenos a los procesos estructurales y materiales que los posibilitan.

Un expediente común en estos enfoques es asignar a la lucha de clases la virtud de explicarlo todo, presentándose además como enfoques rigurosamente marxistas o como "aportes" al marxismo, que permiten superar sus determinismos.

Sin embargo, si bien la lucha de clases es una clave central para comprender los movimientos de la sociedad, no es menos cierto que un problema sustancial del análisis es explicar la lucha de clases, esto es, las condiciones en que las clases se desenvuelven, se relacionan y enfrentan y en qué aparatos e instituciones cristalizan estas relaciones. En pocas palabras, *se trata no sólo de hacer de la lucha de clases un factor explicativo sino de explicar la lucha de clases misma.*

No es otra la preocupación central de Marx cuando se aboca al estudio de la economía política de la sociedad capitalista. Marx no descubre la lucha de clases en el capitalismo. Su aporte es trascendental, entre otras cosas porque desentraña las bases materiales como se constituyen las clases sociales en este modo de producción, las raíces antagónicas en sus relaciones y las tendencias de sus movimientos. Explica porqué se producen los enfrentamientos clasistas en las sociedades capitalistas. Su obra máxima *-El Capital-* tiene en lo sustancial este sentido y de allí su importancia para el proletariado y el movimiento revolucionario.

Los procesos políticos que en diversos espacios nacionales han hecho posible la constitución de regímenes democráticos bajo dirección burguesa tienen que ser analizados desde esa perspectiva, como también desde visiones globales que integren los aspectos económicos y políticos y que desentrañen las condiciones materiales de la lucha de clases, tienen que analizarse los procesos políticos en donde los fenómenos democráticos son más bien excepcionales o procesos inestables. El olvido de esta perspectiva de reflexión favorece el auge de análisis que reivindicándose marxistas tienen más de idealismo que lo que esta corriente teórica es capaz de asumir.

Como ejemplo de lo anterior podemos tomar una formulación que contiene una gran dosis de verdad, pero que, a su vez, esconde una cuota de realidad igual o mayor que la que resuelve. En un ensayo en donde expone sus razones para explicar la ausencia de una teoría marxista del Estado, Norberto Bobbio critica con razón a quienes plantean que la democracia ha sido el resultado de un “riesgo calculado” de las clases dominantes, indicando que la consecuencia de una historiografía de esta clase “(. . .) es que todas las *conquistas* que han costado sangre y lágrimas al movimiento obrero, desde el derecho de huelga al sufragio universal, desde la legislación social al estatuto de los trabajadores, se interpretan como hábiles movimientos estratégicos de los capitalistas que conservan el poder.¹

En la formulación de Bobbio la democracia capitalista constituye una conquista del movimiento obrero, el cual a través de un largo y agudo proceso de lucha ha ganado diversos espacios políticos.

Lo primero que cabe preguntarse es cuál es la connotación de la palabra *conquista* en cuanto a la relación movimiento obrero -Estado capitalista. Pudiera entenderse que: a) el Estado asume elementos que le son propios, pero que sin presión popular no los incorpora, o b) que al Estado capitalista se le incrustan elementos que son ajenos a su connotación clasista. El que se asuma una u otra postura tiene implicaciones teóricas y políticas distintas. Dejemos de lado este problema, por ahora, y retomémoslo en páginas siguientes y centremos nuestra atención en otro aspecto. Si la lucha de clases, la organización y fuerza que alcanza el movimiento obrero y popular define los logros democráticos ¿qué explica la debilidad de la democracia capitalista en los países latinoamericanos?²

¹Norberto Bobbio, “¿Existe una teoría marxista del Estado?” en el libro *¿Existe una teoría marxista del Estado?* de Bobbio, Cerroni *et. al.*, Universidad Autónoma de Puebla, México, pág. 25 (subrayado nuestro J.O.)

²Con esto no negamos la existencia de fenómenos democráticos en América Latina. Más bien ponemos el acento en la fragilidad e inestabilidad de la democracia en esta zona en tanto proceso general de la región.

¿Cuáles son las razones por las que el fenómeno democrático constituye más bien una excepción en nuestra región, frente a su perdurabilidad y relativa estabilidad en Europa Occidental y Estados Unidos, a lo menos en los últimos cuatro decenios?³

Parece evidente que la respuesta no pasa por formular la ausencia de lucha y de organización por parte de las clases populares en este subcontinente, ya que la realidad nos hace presente una situación distinta.⁴ No sólo es las últimas décadas en donde la revolución sandinista y la agudización de la lucha revolucionaria en Guatemala y El Salvador constituyen los puntos más altos, siendo no menos importantes la exacerbación de la lucha en Chile, Brasil, Uruguay, Bolivia, Perú, Colombia y Ecuador, para sólo señalar los países más connotados por la prensa diariamente, sino hace un buen tiempo América Latina constituye uno de los puntos geográficos de agudas disputas clasistas.

Definitivamente la respuesta a las interrogantes anteriores no se circunscribe exclusivamente a la esfera política, como lo hace Bobbio, y exige un marco de reflexión más amplio, tanto del punto de vista de la totalidad social, como también geográfico. Las condiciones reales en donde las clases desarrollan sus luchas y la visión de un mundo capitalista integrado, pero jerarquizado en su capacidad de acumulación de capitales, constituyen factores que nos pueden ayudar a visualizar en mejores términos la situación.⁵

³“El tipo de Estado capitalista subdesarrollado corresponde al Estado de excepción o emergencia permanente”. Heinz R. Sonntag, “Hacia una teoría política del capitalismo periférico”, en el libro *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, de H. Sonntag y Héctor Valecillos. México, Siglo XXI editores, 1977. pág. 37.

⁴Con razón Agustín Cueva se pregunta “¿O se piensa, seriamente, que Suiza es más democrática que Guatemala porque en el país alpino la lucha de clases es y ha sido más intensa? “El fetichismo de la hegemonía, y el imperialismo” en *Cuadernos Políticas* n. 39, México, Editorial Era, 1984, pág. 37.

⁵Estamos ciertos que estos aspectos no agotan la explicación de un problema tan complejo como el que nos ocupa. Pero permite ampliar el horizonte y descubrir problemas que el simple recurso a la lucha de clases “en abstracto”, y sin sus referencias materiales, tiende más bien a dejar de lado.

“La democracia -señala Barrington Moore- va asociada a una profundización del desarrollo capitalista industrial. Mientras el capitalismo más convulsionó las bases materiales y se gestó desde abajo, mejores condiciones creó para alentar los procesos democráticos.”⁶

Esta formulación, -hasta los años cincuenta y mediados de los sesenta- podría haber sido leída en términos de que los problemas latinoamericanos, y en este caso particular, la debilidad del fenómeno democrático, se debían a la ausencia del capitalismo o a la existencia de un capitalismo endémico, “obstaculizado” en su desarrollo y/o en estadios inferiores de evolución.⁷

Sin embargo, ante una realidad que se negaba a ser encajonada en los esquemas de interpretación anteriores, las ciencias sociales latinoamericanas desarrollan -con mucha producción en los sesenta y con mayor precisión en los setenta- nuevas líneas interpretativas, en donde se hace presente que es en el marco general de expansión y desarrollo del sistema capitalista como sistema mundial en donde podemos

⁶Es en esta línea que Moore plantea como un rasgo clave de las “revoluciones burguesas”, “el desarrollo de un grupo social con base económica independiente que ataca los obstáculos que se oponen a la versión democrática del capitalismo, obstáculos heredados del pasado”. Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. Barcelona, Editorial Península, 1976, pág. 8. En el mismo sentido agrega que “la experiencia inglesa mueve incluso a pensar que el deshacerse de la agricultura como actividad social mayor es uno de los requisitos previos para el éxito de la democracia”. *Ibidem*, pág. 348.

⁷Dichas interpretaciones y otras más se alimentaron de los planteamientos de la llamada “Teoría del desarrollo”, con variantes latinoamericanas como los formulados por Gino Germany (*Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Edit. Paidós, 1962) y cuyo principal centro de difusión lo constituyó la CEPAL en nuestro continente. Para una crítica de estos postulados véase de Andre Gunder Frank “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología: Un exámen del traje del emperador”, en *América Latina subdesarrollo o revolución*, México, Editorial Era, 1973. Y de Teothonio Dos Santos, *Imperialismo y Dependencia*, México, Edit. Era, 1978, cap. XIII.

comprender las especificidades que asumen las estructuras de los países latinoamericanos.⁸

Como resultado de un proceso de integración específico, el mundo capitalista generó regiones desarrolladas y regiones subdesarrolladas, al convertirse unas en centros fundamentales de apropiación de valor y de acumulación en escala mundial y otras, como su reverso, en tanto objeto de procesos expropiatorios de valor y de "desacumulación". Por ello, "la teoría del subdesarrollo y del desarrollo -señala Samir Amin- no puede ser sino la de la acumulación de capital en escala mundial".⁹

En este proceso, los caminos del desarrollo capitalista de América Latina no son los de los países industriales clásicos. En nuestra región, por el contrario, se gestan formas particulares de reproducción del capital que reproducen a su vez el atraso y las formas subordinadas de inserción al sistema capitalista, esto es el subdesarrollo y la dependencia.¹⁰

De todas las líneas de reflexión que se derivan de estos antecendidos sólo nos interesa resaltar que la existencia

⁸La bibliografía sobre estos campos es demasiado extensa. Sólo mencionaremos los tres trabajos que a nuestro juicio constituyen las versiones más actuales desde tres de las corrientes fundamentales que participaron en la elaboración reinterpretativa del desarrollo capitalista en América Latina. Desde el interior mismo de la CEPAL y en una aproximación al análisis marxista: de F.H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI editores, 1969; desde el marxismo llamado "ortodoxo": de Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI editores, 1977; y desde el marxismo post-Revolución Cubana, de R.M. Mariñel, *Dialéctica de la dependencia*, México, Edit. Era, 1973. Un balance de estas discusiones y su producción puede verse en nuestro ensayo "El marxismo latinoamericano y la dependencia" en *Cuadernos Políticos*, n. 39, México, Edit. Era, 1984.

⁹Samir Amin, *La Acumulación a escala mundial*, Madrid, Siglo XXI editores, 1974, pág. 26.

¹⁰Refiriéndose en particular a la economía latinoamericana en su fase exportadora Marini señala que dicha economía "es algo más que el producto de una economía internacional fundada en la especialización productiva: es una formación social basada en el modo capitalista de producción, que acentúa hasta el límite las contradicciones que le son propias. Al hacerlo, configura de manera específica las relaciones de explotación en que se basa, y crea un ciclo de capital que tiende a reproducir en escala ampliada la dependencia en que se encuentra frente a la economía internacional". *Dialéctica de la Dependencia*, op. cit., pág. 53.

de un mundo capitalista con niveles desiguales y diferenciados de acumulación y movimientos del capital, sienta bases distintas para el desarrollo de las clases, de la lucha de clases, de los procesos políticos y del Estado y sus formas institucionales.¹¹

Si en sus ciclos reproductivos en los países desarrollados el capital no sólo se alimenta de los márgenes de explotación de la población obrera nacional sino que alcanza beneficios de la explotación de los sectores sociales de otras regiones, esto incide a lo menos en una capacidad de satisfacer demandas económicas más amplias y desde allí, abrir mayores espacios políticos a las clases sociales explotadas.¹²

A contrapelo de sus intérpretes idealistas, Gramsci era consciente de estos problemas. Preocupado por lo que constituirá el *leit motiv* de su obra, la capacidad de hegemonía de las clases dominantes en "Occidente", desentrañar sobre qué bases se funda y qué estrategia oponerle, señalaba: "El hecho de la hegemonía supone indudablemente que se tengan en cuenta intereses y tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se forme cierto equilibrio de compromisos, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico corporativo."¹³

En esas formaciones sociales, las presiones y luchas del movimiento popular por 'conquistas' políticas y económicas tienen objetivamente mejores condiciones de ser satisfechas por el capital. La democracia capitalista podrá desarrollarse así sobre bases específicas de reproducción del capital: las clases dominantes tienen condiciones reales de hacer 'sacrificios' al concentrar riquezas provenientes no sólo de la propia

¹¹Véase al respecto el ensayo de Agustín Cueva ya citado.

¹²Lenin veía en este proceso incluso la posibilidad de que el capital pudiera corromper ciertos sectores obreros de los países imperialistas, creando "aristocracias obreras". Véase, *El imperialismo fase superior del capitalismo*. Moscú, Edit. Progreso.

¹³*Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. México, Juan Pablos Editor, 1975, pág. 55.

explotación interna sino, también, de la explotación de trabajadores de otras sociedades, los de las economías coloniales o dependientes.

Gramsci cierra el párrafo antes citado con un señalamiento clave, en cuanto que las concesiones y sacrificios de los sectores dominantes sólo pueden llegar hasta el punto “de no afectar lo esencial”.

¿Qué puede significar esto en nuestra región?

Que las transferencias de valor que sufre América Latina a través de diversos mecanismos que varían en los distintos momentos históricos, y la necesidad del capital interno de resarcir dichas transferencias a través de agudizar la sobreexplotación de las clases productoras,¹⁴ hacen que se limite la capacidad de concesiones que tiene el capital y con ello los espacios políticos, ya que favorecen el surgimiento de demandas que “afectan lo esencial”.

En definitiva, las funciones de América Latina en el marco general del proceso de acumulación capitalista a nivel mundial, marcadas por el traspaso recurrente de valores y las modalidades internas particulares que debe crear el capital local para reproducirse, caracterizadas por una explotación redoblada, sientan condiciones poco propicias para el establecimiento de formas democráticas de dominación. No son campos abonados para el surgimiento o mantención de modalidades consensuales de dominio. Antes bien, todo apunta en una dirección contraria, con lo cual *los procesos democráticos se encuentran debilitados desde su base material*.

En este orden de cosas, la lucha de los trabajadores por alcanzar la democracia se convierte así en un factor de disrupción, ya que afecta aspectos sustanciales de la reproducción capitalista. Desde esta perspectiva, la propia lucha democrática se hace subversión.¹⁵

¹⁴El mejor desarrollo de este proceso puede verse en el trabajo de R.M. Marini, *Dialéctica de la Dependencia*, *op. cit.*

¹⁵Bobbio utiliza la noción de democracia subversiva refiriéndola a la contradicción existente entre socialismo y democracia. Véase su ensayo “¿Qué alternativas a la democracia representativa?” en el libro *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, *op. cit.*, pág. 43. Alan Wolfe, en una perspectiva diferente, indagando sobre las connotaciones igualitarias de la noción democracia, señala: “Considerada en su contexto histórico, la democracia en un momento dado fue una ideología política sólidamente anticapitalista. En términos generales, los demócratas luchaban por dos cosas: participación e igualdad. Una genuina participación en los asuntos cívicos tiene tradicionalmente una cualidad subversiva”. En *Los límites de la legitimidad*, México, Siglo XXI editores, 1980, pág. 22 (Subrayado nuestro J.O.)

2.- La democracia capitalista: ¿fortaleza o debilidad de la dominación burguesa?

Gramsci no estaba equivocado cuando -en aras de encontrar las especificidades de la dominación y del Estado en "Occidente"- llamaba la atención sobre el consenso y la capacidad de hegemonía que logra la burguesía sobre las clases explotadas para gobernar.

La idea gramsciana de clases *subalternas* expresa así la capacidad de sometimiento que alcanza la burguesía sobre la población obrera y demás clases trabajadores a su proyecto de dirección. En esta noción gramsciana se remarca el ascendiente cultural y, al mismo tiempo, ideológico que los sectores dominantes logran sobre los explotados.

En esta perspectiva de análisis se llama la atención sobre un aspecto clave: la democracia burguesa expresa el fortalecimiento estatal de los sectores del capital, al ser capaces de conquistar posiciones al interior del movimiento popular en el terreno de la dirección y del consenso, de apoyo a su proyecto de dominación.

Parece pertinente preguntarse entonces, ¿cómo se compatibiliza la fortaleza del Estado "occidental", en tanto modalidad que irrumpe en los terrenos estratégicos del proletariado, ganando allí posiciones y *obstaculizando la conquista del poder*, con la visión de que la democracia capitalista es una conquista de las clases dominadas?

¿Cuál de las clases fundamentales de la sociedad capitalista se fortalece realmente con el establecimiento de las formas democráticas de dominación y quién se debilita? ¿Es posible considerar como una conquista popular aquello que aparece como un proceso que hace más fuerte al enemigo de clase? La respuesta al planteamiento de Bobbio que nos remitió a esta discusión, parece más compleja y no se resuelve con acudir a la lucha de clases como simple solución. Asumir puntos de vista unilaterales en los análisis sociales conduce por lo general a falsas conclusiones. La realidad presenta siempre a lo menos dos caras y así como el capital y el trabajo, por ejemplo, constituyen factores que

se complementan para la producción, también conforman el sustento de una polarización social que apunta a la ruptura y a la constitución de un nuevo orden social.

Quienes sólo privilegian el primer aspecto del ejemplo, siempre concluirán resaltando los factores integrativos y de cohesión presentes en la relación capital-trabajo. Quienes, por el contrario, sólo consideren el segundo aspecto, verán permanentemente la liquidación de las relaciones capitalistas y la revolución a la vuelta de la esquina.

Lo anterior nos muestra la necesidad de analizar la realidad en más de una perspectiva, lo que no implica suponer un equilibrio permanente entre los diversos factores inherentes a dicha realidad, sino cómo ella varía y permite que alguno de sus aspectos (ya sean los de integración o de ruptura en nuestro ejemplo) se constituyan en factor fundamental o dominante.

Estos comentarios en relación a lo que nos ocupa nos permiten señalar lo siguiente: que la democracia capitalista constituye al mismo tiempo tanto una conquista de los sectores populares como también un factor que fortalece la dominación de las clases dueñas del capital. *Concesión y conquista, fortalecimiento de la dominación y subversión, constituyen los aspectos de la unidad contradictoria que caracterizan a la democracia capitalista.*

Sin embargo, esta contradictoria unidad se da en límites específicos, en tanto la noción de conquista sea comprendida como un aspecto "arrebatao" a las clases dominantes, pero en parámetros institucionales en donde son las clases del capital las que detentan el poder y en donde el *Estado tiene un apellido clasista, "burgués", que no pierde por las "conquistas" políticas de las clases subordinadas.* Suponer otras cosas implica concebir el poder estatal como un fenómeno fragmentado, factible de ser ganado por partes, o que el nuevo Estado y la nueva hegemonía presenta simplemente una línea de continuidad y es la sumatoria de las conquistas actuales.

Profundicemos un tanto más sobre estos problemas que nos ponen de lleno en el campo de los límites y perspectivas

de los espacios institucionales en tanto instrumentos de lucha de las clases dominadas.

Si el Estado capitalista opera en una sociedad en donde los sectores “subordinados” actúan y desarrollan una actividad política, cabe preguntarse ¿Cómo se relaciona esta actividad con el Estado? ¿Es posible que la acción política de las clases dominadas alcance expresión en la instancia política fundamental de las clases dominantes?

Una de las características del Estado capitalista es asumir la forma de un Estado nacional, esto es, de una instancia que rebasa las simples determinaciones clasistas y se presenta como organización de toda la sociedad. Esto implica, entre otras cuestiones, la necesidad de recoger intereses sociales heterogéneos. A su vez, la lucha de clases se inserta en esta vocación general del Estado, imponiéndole posiciones clasistas ajenas a las de las clases que ejercen el poder.

En pocas palabras, el Estado capitalista debe asumir y expresar posiciones y necesidades de las clases dominadas. Esta es una primera cuestión clave en la relación del Estado y las clases subalternas, como bien han destacado algunos autores de la corriente neogramsciana.

Sin embargo, el carácter clasista del Estado, en tanto Estado burgués, establece limitaciones a la asunción y expresión de intereses de las clases dominadas en dicha institución: *no asume ni expresa los intereses estratégicos de dichas clases, esto es, aquellos ligados con sus aspiraciones de poder*. Ya que no es posible dualidades de poderes de clase en su interior.

Por otra parte, el Estado capitalista sólo puede asumir y expresar posiciones de las clases explotadas de manera mediatizada y distorsionada, en tanto la fuerza y los intereses de dichas clases se reflejan en una instancia que no existe para medir objetivamente y sin impurezas las correlaciones de fuerza entre las clases, sino para incidir activamente en dichas correlaciones a favor de determinadas posiciones de clase, las del capital.

En estas condiciones, *el Estado capitalista no es ni el mejor ni el lugar fundamental del proletariado y sus aliados para el*

proceso de acumulación de fuerzas con perspectivas revolucionarias. Este proceso sólo puede desarrollarse en sus aspectos sustanciales *fuera del Estado* y dicha acumulación asumirá un rasgo cada vez de mayor confrontación con éste en tanto más nos acerquemos a una situación con perspectivas revolucionarias.

Volviendo al problema que nos ocupa, podríamos señalar que la democracia capitalista, si bien puede cohesionar a la sociedad bajo la égida de la burguesía, puede también constituirse en un proceso que favorezca la ruptura de la dominación de clase del capital. Pero ella —la democracia— *de por sí no constituye una ruptura en cuanto tal.*

Retomemos algunas de las ideas desarrolladas en el punto inicial, para comprender dónde prevalece uno u otro aspecto de la democracia capitalista: el fortalecimiento de la dominación burguesa o su debilitamiento.

¿Cómo opera el fenómeno de los niveles diferenciados de acumulación de capitales en el plano internacional con el problema del doble carácter de la democracia capitalista?

A la luz de las consideraciones hasta aquí desarrolladas se puede señalar que los aspectos integradores y de subordinación de las clases explotadas a los proyectos del capital tienden a prevalecer en aquellos países y regiones que se conforman como ejes principales de la acumulación capitalista, mientras que, por el contrario, el carácter desarticulador de la dominación parece constituir el factor resalante de la democracia en aquellos otros territorios que transfieren valores y son objeto de “desacumulación”.

La democracia capitalista opera como un factor de cohesión de la sociedad en torno a los proyectos impulsados por las clases dominantes en aquellos países que más se benefician de la apropiación de valores a escala mundial. Allí la democracia actúa como un verdadero instrumento de manipulación ideológica que absorbe a las clases trabajadoras a las posiciones de las clases dominantes. Tal es lo que ocurre en países como Estados Unidos, Inglaterra, Suiza, Alemania Federal y Japón, por ejemplo, en donde incluso la constitución de partidos obreros, fuertes e inde-

pendientes, sufre graves limitaciones ante la fortaleza material e ideológica de las posiciones dominantes.

En cuanto no se pone en evidencia este aspecto de sometimiento y de subordinación ideológica, *que atrasa más que aproxima a las clases explotadas a su liberación*, planteamientos como los de Bobbio que exaltan la democracia *tout court* tienden a mistificar uno de los tópicos fundamentales que caracteriza esta forma de dominación bajo el capitalismo.¹⁶

Si la subordinación y manipulación ideológica de las masas trabajadoras por parte de los proyectos del capital resalta como el factor dominante de *la democracia* en los núcleos centrales de la reproducción capitalista internacional, es una cara contraria, en tanto *factor que abre espacios para la ruptura* lo que destaca cuando hablamos de la democracia capitalista en los niveles inferiores de dicha reproducción mundial. Países como España y Grecia, que se encuentran en el límite de las regiones desarrolladas y en la antesala del subdesarrollo, ya hacen patente este aspecto, que alcanza sin embargo toda su expresión en las formaciones sociales dependientes. La democracia capitalista entra allí a reflejarse con toda su compleja gama de contradicciones y si bien mantiene y asienta la dominación de la burguesía, lo hace sobre un mar de sobresaltos que entran y dificultan la plena o más amplia reproducción del capital.

Es teniendo en la mira a los países europeos, en particular a los antes citados, que la Comisión Trilateral se pregunta sobre los factores que inciden en la "governabilidad de la democracia", y en las condiciones que necesita el capital

¹⁶Frente a la paradoja, según Bobbio, de la existencia de países democráticos sin socialismo y países socialistas sin democracia, el autor hace una aguda defensa de "la democracia" (sin más) concluyendo en una verdadera apología de la democracia capitalista y sin señalar para nada los efectos subordinadores que aquí hemos resaltado. N. Bobbio, "¿Qué alternativas a la democracia representativa?" en *¿Existe una teoría marxista del Estado?* de Bobbio, *et. op. cit.* Esto provoca una aguda y acertada crítica de G. Vacca. Véase en el mismo libro el artículo de Vacca, "Discurriendo sobre socialismo y democracia".

para desarrollarse teniendo como base regímenes democráticos.¹⁷ La Trilateral reconoce que la “feliz coincidencia de circunstancias” que permitieron la existencia de democracias gobernables “ha llegado a su fin” y que la insatisfacción y la falta de confianza en el funcionamiento de las instituciones de gobierno democrático, se han extendido en los países Trilaterales. Y agrega: “El corazón del problema radica en las contradicciones inherentes, relacionadas a la misma frase de “lo gobernable de la democracia”. Porque en cierta medida, gobernable y democracia son conceptos en conflicto. Un *exceso de democracia* significa un déficit en la gobernabilidad; un gobernabilidad fácil sugiere una democracia deficiente”.¹⁸

Para la Comisión Trilateral se ha llegado a un punto en donde la democracia se hace ingobernable. Se traban las condiciones que requiere el capitalismo para poder avanzar y uno de los obstáculos es que hay “exceso de democracia”.

Esta percepción de la situación imperante en Europa Occidental por la *intelligentsia* del gran capital financiero internacional, alcanza mayor concreción en América Latina, en donde los espacios democráticos se constituyen en factores disruptivos para el capitalismo y el dominio de los sectores dueños de los medios de producción.

Luego de estas consideraciones podemos volver a la propuesta inicial de Bobbio y señalar que, efectivamente, la lucha de clases favorece conquistas de las clases explotadas, las que se revierten sobre el Estado. La democracia

¹⁷“La Gobernabilidad de la Democracia”, M. Crozier, S. Huntington y J. Watanki. Comisión Trilateral. En *Cuadernos Semestrales*. Estados Unidos. CIDE, México, n. 2-3, segundo semestre 1977, primer semestre 1978. Allí se considera la situación de los Estados Unidos, Japón y Europa Occidental. Sin embargo, se señala que “Europa tiene que enfrentar problemas inmediatos que la hacen la más vulnerable de las tres regiones”, pág. 385. Para un análisis de las propuestas de la Comisión Trilateral en materia política y en general para una visión de las dificultades actuales de la democracia capitalista, remitimos al excelente trabajo de Alan Wolfe. *Los límites de la legitimidad*, *op. cit.*, en particular a su capítulo 10.

¹⁸*Ibidem*, pág. 378 (subrayado nuestro J.O.).

capitalista es de alguna manera resultado de las presiones y de las luchas populares. Pero es también una modalidad de dominación que refuerza el control y sometimiento de las clases populares a las designios y dirección del capital. El predominio de alguno de estos aspectos está marcado por la lucha de clases, pero no en condiciones indeterminadas, sino en espacios nacionales específicos en cuanto a su ubicación en los movimientos mundiales de reproducción del capital, ya sea en tanto centros de la acumulación mundial o como campos de transferencias de valor.

Estado y dominación en Chile

Introducción

Analizado desde la esfera política todo sistema de dominación constituye la expresión de las correlaciones de fuerza entre las clases fundamentales de la sociedad, de las alianzas de clases prevalecientes y de los acuerdos y compromisos entre las diversas fracciones de las clases dominantes.

Las modificaciones producidas en estos terrenos tienden a expresarse en las estructuras de dominio y ello será tanto más profundo si tales modificaciones afectan las relaciones entre las clases fundamentales.

Los cambios en el sistema de dominación en Chile desde el golpe militar son fundamentalmente el resultado de las alteraciones radicales producidas en las relaciones de fuerza entre la burguesía y el proletariado. El sistema institucional anterior -que permitió un importante avance del movimiento popular- fue abruptamente liquidado, iniciándose la construcción de una nueva institucionalidad que busca soldar las conquistas obtenidas por las clases dominantes.

Si bien existen momentos que permiten precisar con claridad los cambios en la estructura política -en Chile, el 11 de septiembre de 1973 con el golpe militar- tales momentos son el resultado de tendencias que vienen gestándose desde fechas anteriores. Con la pérdida de las elecciones presidenciales de 1970- que permite al movimiento popular llevar hasta sus límites la democracia burguesa- sectores de la burguesía comprenden que el sistema de dominación vigente está haciendo agua en tanto permite una alteración sustancial de los equilibrios sociales en su perjuicio. Por otra parte, las alianzas de las clases dominantes con diversos sectores de la pequeña burguesía venían fisurándose desde mediados del gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei (1964-1970), lo que favoreció el tránsito de estos sectores hacia el campo popular. También es claramente perceptible bajo la

gestión freixista el auge de las disputas y fracturas en el seno del bloque dominante. A esto se agrega la incapacidad del régimen político de contener o canalizar la creciente activación de amplios sectores del movimiento de masas, que se elevará aún más entre 1970 y 1973. En diversos campos se debilitaban los acuerdos sociales y políticos que mantenía el antiguo sistema de dominación.

Lo que se produce en Chile en 1973 no es sólo una modificación radical de las correlaciones de fuerza entre las clases. En ese año se inicia la construcción de un nuevo sistema de dominación que busca sentar sobre nuevas bases y espacios políticos las relaciones interclasistas. Los objetivos de este trabajo son analizar las principales características de ese nuevo sistema y los factores que inciden en hacer del actual modelo político un ordenamiento que impide los acuerdos consensuales, provocando que el régimen militar chileno sea uno de los más represivos de la región. En este sentido, intentamos discutir la pertinencia de hablar de "éxito político" en el caso de la dictadura chilena.¹

En el análisis que sigue concebimos al Estado como la cúspide o el núcleo de un sistema de dominación y entendemos que son las formas particulares como se articula con la sociedad civil lo que nos permite descifrar algunos de los principales rasgos de la dominación.²

II. AGOTAMIENTO DEL ANTIGUO SISTEMA DE DOMINACION

Factores de orden económico, político y social se conjugaron para hacer del antiguo sistema de dominación un marco inadecuado para encauzar la dinámica de las clases y

¹Véase al respecto de Sergio Bitar, "El 'milagro' chileno". *Nexos*, n. 47, México, junio de 1981.

²Para un análisis de los problemas que se derivan de la identificación entre Estado y Sistema de dominación, véase de Ruy Mauro Marini, *El reformismo y la contrarrevolución*, Serie Popular ERA n. 37, México 1976, pp. 92 y 93. También consúltese la obra de Perry Anderson, "Las antinomias de Antonio Gramsci", en *Cuadernos Políticos* n. 13, julio-septiembre de 1977, México, Ed. ERA, pp. 27 a 29.

equilibrar sus disputas. Si bien para amplios sectores de las clases dominantes esta situación llegó a hacerse más palpable, dados los peligros que subyacían en el proceso de acumulación de fuerzas realizado por el movimiento popular al interior del orden político anterior, ello también tendió a manifestarse en el movimiento popular. La dinámica rupturista de los cauces institucionales que se expresó en organismos como los Comandos Comunales e incluso los Cordones Industriales.³

Los Cordones Industriales organizaban a los sindicatos obreros de las zonas industriales. Desarrollaron una gran capacidad de movilización y allí se gestó la parte más importante de la resistencia al golpe militar, que se gestaron en el último período del gobierno de Salvador Allende, al igual que masivas manifestaciones solicitando el cierre del Parlamento, en donde se concentraba una mayoría opositora al gobierno, así lo indican. El hecho de que los cambios estatales llevados a cabo tras el golpe militar sean el resultado de este doble agotamiento, por la agudización de la lucha de clases, es uno de los factores que explica el por qué de la radicalidad con que las clases dominantes rompen con las estructuras anteriores.

1.- Cambios en los ejes de acumulación de capitales.

La economía chilena, y particularmente su sector industrial, sufren en los años sesenta importantes readecuaciones. La creciente presencia del capital extran-

³Los Comandos Comunales constituyeron los gérmenes de un nuevo poder estatal. Eran organismos de base que aglutinaban a diversos sectores sociales de una zona: obreros activos, desempleados, estudiantes, campesinos pobladores, etc., que planteaban tareas de dirección política y administrativa sobre aquélla. Se multiplicaron durante el último año del gobierno de Salvador Allende. Los Cordones Industriales organizaban a los sindicatos obreros de las zonas industriales. Desarrollaron una gran capacidad de movilización y allí se gestó la parte más importante de la resistencia al golpe militar.

jero en el sector secundario provocó el desarrollo y auge de nuevas ramas y sectores industriales (bienes de consumo suntuario, bienes intermedios y bienes de capital), las llamadas ramas dinámicas, que tendieron a convertirse en los nuevos ejes de acumulación, desplazando a las ramas creadas al inicio del proceso de industrialización (1930 y 1940), las ramas tradicionales, productoras fundamentalmente de bienes salarios: alimentos, textiles, etc.⁴ En el cuadro de una economía con deficiencias de acumulación a lo menos desde los años '50, este desplazamiento se desarrolló con dolorosos resultados para diversos sectores de la burguesía. La deficiencia de capitales obligó a Eduardo Frei, (quién ascendió a la presidencia del país con el apoyo de un amplio bloque burgués), a tener que tomar opciones *dentro de líneas económicas alternativas*. Es así como la nueva fracción burguesa industrial comienza a encontrar en el Gobierno un aliado fundamental.

Esta nueva dirección burguesa en el Estado no podía llevar adelante en forma plena su proyecto económico al tener que cargar con los costos económicos que se derivaban de las alianzas sociales y políticas que marcaron el ascenso de Frei a la Presidencia. Baste recordar que el candidato demócratacristiano surgió en la plano interno como una alternativa burguesa populista de recomposición de alianzas sociales ante el impopular gobierno desarrollado por el empresario Jorge Alessandri y el avance electoral mostrado por la izquierda en las elecciones presidenciales de 1958 y en el plano internacional, - auspiciado por el gobierno norteamericano- como la alternativa revolucionaria, "pero en democracia", a la revolución cubana.

⁴Véase de Marini, Ruy Mauro. "El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación", en *El reformismo y la contrarrevolución*, *op. cit.*, pp. 57-66.

⁵En dichas elecciones Salvador Allende perdió por sólo 25,129 votos, obteniendo la primera mayoría Jorge Alessandri con 387,297 votos. Allende obtuvo 352.168 votos.

Por todo lo anterior, y a pesar de que la política económica tendió a concentrar los ingresos, en aras de fortalecer la esfera alta del consumo, con agudas caídas del salario y con represión a diversos sectores populares, lo cierto es que la burguesía dinámica no encontró *condiciones políticas* para fortalecer su proyecto económico. Esto exigía primeramente modificar sustancialmente la fuerza presente en el seno del movimiento popular que, para mayores dificultades de los sectores dominantes, tendió a crecer en los últimos años del gobierno freista, además de desplazar a sectores burgueses y pequeños burgueses de esta forma, las instituciones democráticas comenzaron a ser un lastre para vastos sectores de la burguesía y particularmente para el naciente capital monopólico.

2.- *Cambios en la burguesía que agudizan la lucha por la hegemonía estatal.*

La más estrecha integración del capital imperialista con algunos sectores de la burguesía industrial, que cristaliza en el desarrollo de las ramas dinámicas, trajo como consecuencia la gestación y el fortalecimiento de una nueva fracción burguesa, la burguesía industrial dinámica, la cual entra en crecientes disputas con las fracciones burguesas tradicionales. El capitalismo chileno, a fines de los años sesenta, no estaba en condiciones de expandirse asegurando la reproducción del conjunto de las fracciones de las clases dominantes. De esta forma, la lucha por la hegemonía estatal cobra particular importancia, azuzando la *diferenciación* política de los sectores dominantes. Es así como en las elecciones presidenciales de 1970, las rupturas políticas en la burguesía, que arrancaban de disputas en la base material, adquirirán expresión en la presentación de dos candidatos: Jorge Alessandri y Radomiro Tomic. Esta división constituirá un factor de vital importancia en el triunfo de Salvador Allende en dichas elecciones.

3.- *Autonomización política de la pequeña burguesía.*

La función de equilibrio que la pequeña burguesía jugó en el sistema de dominación en Chile hasta 1970, fue uno de los factores que incidió en el largo período de estabilidad política que vivió el país.⁶ Desde la ruptura misma del Estado oligárquico, en los años 20, la pequeña burguesía mantuvo una estrecha alianza con los sectores dominantes, pasando a ocupar un importante papel en el manejo del aparato estatal. La antigua clase política chilena -entendida como el sector social que manejó la "cosa pública" y gestada fundamentalmente de las capas profesionales de la pequeña burguesía- atemperó los conflictos entre las clases fundamentales, jugó el papel de clase amortiguadora de las disputas clasistas y fortaleció el sistema de dominación al constituirse en un agente que resguardaba la vigencia de las instituciones estatales.

Estas importantes funciones de la pequeña burguesía en la dominación eran la contrapartida de las prebendas que la burguesía le ofrecía para su desarrollo como clase: empleos con la expansión del sector estatal y el crecimiento de las universidades y de las profesiones universitarias, protección a los pequeños productores, etc. Sin embargo, los cambios en la esfera económica y en la estructura de la burguesía antes indicados, van a tener importantes repercusiones en esta clase. En efecto, si para la nueva fracción burguesa el sistema político y sus alianzas eran cada vez más un peso difícil de sostener, en el plano económico los acuerdos sociales vigentes también le eran obsoletos. Sólo reducidos sectores de la pequeña burguesía estaban llamados a hacer parte del mercado suntuario y de las labores productivas derivadas de la producción dinámica. El deterioro de las condiciones de vida de la pequeña burguesía comenzó a ser manifiesto en los últimos años del gobierno demócratacristiano, como contrapartida de la fuerza que en el plano estatal ganaba la fracción burguesa monopólica.

⁶Véase sobre este punto de Marini, Ruy Mauro "La pequeña burguesía y el problema del poder", en *El reformismo op. cit.* pp. 86-118.

La ruptura política entre la pequeña burguesía y los sectores dominantes no tardó en manifestarse, provocando la autonomización política de aquella clase y la búsqueda de condiciones para su reproducción en nuevas alianzas sociales y políticas, algunas de las cuales se establecerán con el movimiento popular, quien iniciaba su ascenso.⁷

Este desplazamiento de la pequeña burguesía tendrá agudas repercusiones en el sistema político en tanto favorecerá la polarización de la lucha de clases.

4.- Cambios en el seno del proletariado.

El proletariado es una de las clases que sufren mayores modificaciones en su estructura y composición, como resultado del paso del capitalismo chileno a nuevas etapas en los años 60. El desarrollo de nuevas ramas industriales traerá como resultado un crecimiento importante del proletariado propiamente industrial, otorgándole un peso social y político significativo en la vida del país. En este proceso no sólo son los factores numéricos los que acrecientan la presencia de esta clase en la sociedad chilena. De mucha mayor importancia es el hecho que estas nuevas capas proletarias presentan características políticas novedosas: es un proletariado joven que - a diferencia de las capas proletarias desarrolladas en la primera fase de la industrialización-, no ha vivido las experiencias políticas frente-populistas y los compromisos del movimiento popular con el Estado y la burguesía. Presenta, por tanto, mejores condiciones para desarrollar una política rupturista frente al Estado y para implementar formas organizativas menos

⁷Las rupturas que se producen a fines de los años 60 al interior del partido gobernante (la Democracia Cristiana) y el surgimiento del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), quien pasó a incorporarse a la Unidad Popular, son expresión de esta situación. Con posterioridad, y bajo el gobierno de Salvador Allende, el desgajamiento de la Democracia Cristiana proseguirá, conformándose la Izquierda Cristiana, la cual también se integrará a la Unidad Popular.

tradicionales. Por otra parte, la propia dinámica capitalista de establecer economías de escala hace que este sector del proletariado se concentre en zonas urbanas o corredores industriales (Cerrillos, Vicuña Mackenna, etc.), lo cual facilita las formas organizativas que rebasan las fronteras de las empresas. La participación de este sector del proletariado industrial en el auge clasista entre 1967 y 1973 fue de significativa importancia, y fue aquí donde se gestaron fundamentalmente los Cordones Industriales.

La integración imperialista de la economía chilena también generó en el proletariado otros efectos. La elevada composición orgánica de las nuevas inversiones, con una baja relativa en la demanda de trabajadores, y el auge del capitalismo en el campo, que provoca la expulsión de mano de obra hacia las ciudades, van a provocar el crecimiento y cristalización social del ejército industrial de reserva, condenado a la cesantía y al subempleo. Este sector obrero irrumpe en la vida nacional sin conducción política y totalmente marginado de las prácticas sociales que hacían de la negociación la fórmula principal de relación con el aparato estatal. Ello provoca que su accionar social, en los momentos en que la política del gran capital comienza a hacerse sentir con fuerza, presente un nivel de disrupción que le da una nueva tónica a los enfrentamientos políticos en el país.⁸

En el agro, el proceso de desarrollo capitalista que impulsa el gobierno de Frei provoca el crecimiento del proletariado agrícola y de diversas capas del proletariado pauperizado. A esto se suma el auge de la organización sindical campesina y del proletariado agrícola iniciada desde el gobierno demócratacristiano, pero que no tardará en asumir una posición de enfrentamiento hacia la política estatal.

El desarrollo de nuevos sectores en el seno del proletariado, unido a la gestación de nuevas formas or-

⁸En la segunda mitad de los años 60, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) gana la conducción de diversos campamentos y poblaciones donde se concentran sectores del ejército industrial de reserva, dándose inicio a novedosas formas de organización y de práctica política en el país.

ganizativas y de nuevas líneas políticas de conducción, permitirán un fortalecimiento de esta clase y de su capacidad de organizar a su alrededor a sectores populares golpeados por la política de la burguesía dinámica. Esto polariza los conflictos sociales en el país y hará de todos los espacios institucionales un terreno de agresivas disputas.

5.- Nuevos fundamentos ideológicos en las Fuerzas Armadas.

Al calor de los cambios en la estrategia norteamericana hacia América Latina en los años sesenta, que se sintetizan en la política de contrainsurgencia,⁹ las Fuerzas Armadas chilenas, junto a sus iguales del resto de la región, inician un proceso de reestructuración orgánica, política e ideológica, con el fin de llevar adelante la 'guerra interna' contra la llamada subversión. Este cambio de giro en el problema de la seguridad nacional, del exterior hacia el interior, llevará a que las Fuerzas Armadas asuman nuevas funciones en la dominación y a plantearse mayores responsabilidades en la dirección política de la sociedad. De esta forma, cuando las contingencias de la lucha de clases requieren de una respuesta militar por parte de las clases dominantes, los aparatos armados no son 'sorprendidos' ideológica ni orgánicamente. Parte importante del modus operandi de las Fuerzas Armadas en la implementación del golpe militar y en su gestión posterior se encuentra en su preparación previa bajo los principios de la contrainsurgencia. Esta doctrina cohesionaba a los institutos armados y los hace menos permeables a las rupturas y enfrentamientos clasistas que atraviezan al resto de las instituciones del país. Así, al derumbe del antiguo aparato estatal, las clases dominantes encuentran en las Fuerzas Armadas las fuerzas orgánicas de

⁹Véase de Marini, Ruy Mauro, "La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina", en *Monthly Review*, Vol. 4, octubre 1980, Barcelona, España.

recambio desde las cuales apoyarse para iniciar la reorganización del sistema de dominación.

II. EL GOLPE MILITAR Y LA NUEVA HEGEMONIA

Este conjunto de elementos se conjugaron a fines del gobierno de Eduardo Frei creando un cuadro de enorme inestabilidad política. El carácter agudo que asumían los enfrentamientos sociales, producto de una política burguesa que perdía capacidad de ofrecer prebendas a diversos sectores sociales, las divisiones al interior de las clases dominantes, el rompimiento de vastos sectores de la pequeña burguesía con las clases dominantes y el ascenso de las luchas populares, encontrarán un punto de expresión institucional en las elecciones presidenciales de 1970, con el triunfo del candidato de las fuerzas populares, Salvador Allende y su posterior ascenso a la primera magistratura del país, en noviembre de ese mismo año.

Más allá de las concepciones que prevalecen en la dirección política del nuevo gobierno,¹⁰ los diversos sectores del movimiento popular -aunque con distintos ritmos y en diversos períodos-, incrementaron su accionar en aras de conquistas económicas, sociales y políticas, haciendo entrar al sistema de dominación en una profunda crisis.

La pérdida del poder ejecutivo, el poder más dinámico del Estado chileno, acentuó en un primer momento las diferencias políticas en el seno de la burguesía, lo que impidió una respuesta homogénea de los sectores dominantes hacia el Gobierno popular. En todo caso, esta derrota política reafirmó la convicción que venía haciéndose patente en los sectores burgueses más dinámicos respecto

¹⁰ Véase de Marini, Ruy Mauro, "Dos estrategias en el proceso chileno", en *El reformismo y ...*, *op. cit.*, pp. 15-52. También nuestro trabajo "Del problema del poder a la contrarrevolución", en *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, de Aguilar, A. *et. al.* México, Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, pp.108-135

a que las alianzas de clase y las formas institucionales que presentaba el Estado eran obsoletas para lograr nuevos pasos en el desarrollo del proyecto capitalista por ellos auspiciado.

El fracaso de las estrategias 'constitucionalistas' o legales para el derrocamiento del gobierno del Salvador Allende, orientará los acuerdos interburgueses hacia una salida de fuerza frente a las situación. El golpe militar, que restaura la dominación burguesa sobre la sociedad, fue así el resultado del accionar político del conjunto de la burguesía, cuyas fracciones en todas sus expresiones políticas -aunque de distintas formas- actuaron con el fin de zanjar militarmente la situación.

El golpe militar también implicó un cambio importante de fuerzas al *interior de las clases dominantes* e hizo palpable las diferencias en los proyectos burgueses respecto a lo que seguía luego de la resolución del enfrentamiento con el movimiento popular. En efecto, la gran burguesía dinámica, que a los pocos años de dictadura pasará a convertirse en burguesía financiera¹¹ asume la dirección del proceso en un cuadro diferente al que vivió en los últimos años del gobierno de Frei, en donde debió compartir con otros sectores burgueses la cúspide del poder. Esta situación es lo que permitirá que se imponga el proyecto político que entendía el sistema de dominación anterior como un sistema agotado y que, por lo tanto, se trataba de transformarlo radicalmente, por sobre los proyectos burgueses que concebían el golpe militar como una situación excepcional y transitoria, en la perspectiva de un retorno a las antiguas formas estatales y de dominio.

La capacidad del gran capital dinámico para imponer su liderazgo al interior del bloque dominante no proviene de factores aleatorios. Por el contrario, existen una serie de elementos que permiten explicar esta situación. Un primer elemento a considerar es que el gran capital, desde mediados de los años 60, cuando ya enfrentaba dificultades políticas y económicas para el impulso de su proyecto de

¹¹Véase nuestro trabajo "Auge y Crisis de la economía chilena, 1973-1982", en *Cuadernos Políticos* n. 33 julio-septiembre 1982. Edit. Era. México.

desarrollo, inicia la preparación de sus cuadros intelectuales. En efecto, diversos contingentes de egresados de las escuelas de economía, particularmente de la Universidad Católica, son enviados en los años sesenta a la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago, en donde se encuentra Milton Friedman, para realizar estudios de postgrado. Los "Chicago boys", como se denomina a los miembros del equipo económico de la dictadura, ya se encontraban operando orgánicamente con el gran capital desde antes del triunfo de Allende y tuvieron destacada participación en la formulación del programa económico del candidato empresarial Jorge Alessandri para las elecciones de 1970.

En el plano político, por otra parte, se desarrollaron núcleos de intelectuales que se alimentan de las corrientes neo-conservadoras europeas y norteamericanas, destacando en tal sentido el ideólogo Jaime Guzmán, de activa participación política opositora bajo el gobierno popular y de enorme influencia en el actual régimen militar. Desde antes de 1970 la gran burguesía chilena contaba con los cuadros orgánicos requeridos para poner en marcha su proyecto.

Un segundo elemento de enorme importancia se refiere al hecho que los proyectos políticos emanados de la doctrina de la contrainsurgencia, encuentran más puntos de confluencia con los proyectos neo-conservadores, de democracias protegidas y restringidas, que con los planteamientos políticos de la derecha tradicional que busca una vuelta a las antiguas formas de la democracia burguesa parlamentaria. En este sentido, las Fuerzas Armadas incidirán activamente en inclinar la balanza en el plano político hacia la burguesía financiera.

En el plano económico, por último, también se conjugan algunos elementos que terminan por otorgar al gran capital dinámico el control de la situación.¹² La crisis mundial provoca variadas alteraciones en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo, haciendo caduco el proyecto

¹²Osorio, *op. cit.*.

capitalista de una industrialización diversificada, vigente en Chile hasta 1973. Las nuevas condiciones exigen un proyecto mucho más integrado al capital financiero internacional y especializado en materia productiva (minerales, producción pesquera y derivados industriales, explotación forestal y derivados: papel, celulosa maderas, etc.) aprovechando las ventajas comparativas en el mercado mundial. Quien contaba desde el proyecto anterior con las mejores relaciones con el capital extranjero, con los mayores montos de acumulación de capitales y con vocación exportadora, era la fracción burguesa dinámica. De esta forma, en un cuadro en donde no había mucho campo para contemporizar con diversos proyectos burgueses de desarrollo, es el proyecto del gran capital el que se impone, implementándose con agudos procesos de centralización de capitales, despojo de las fracciones burguesas desplazadas, obligándolas a supeditarse, y de violenta superexplotación de los trabajadores.

Nunca en la historia moderna del capitalismo chileno, una fracción burguesa había contado con tantas prerrogativas al interior del aparato estatal y frente al movimiento popular para poner en marcha sus proyectos políticos y económicos.

III. CARACTERISTICAS DEL NUEVO SISTEMA DE DOMINACION.

El Estado y a sociedad civil han sido objeto de profundas transformaciones bajo el período dictatorial. Estas transformaciones hacen patente los objetivos de largo aliento de las Fuerzas Armadas y el capital financiero en el plano político y descifran la lógica de construcción de un nuevo modelo de dominio. Veamos sus principales características.

1.- Las Fuerzas Armadas copan el Estado y se erigen en nuevo poder:

El golpe militar no sólo provocó la irrupción transitoria del aparato militar del estado burgués chileno en la escena política y una acción superficial en la sociedad. Por el contrario, significó el comienzo de funciones permanentes de los aparatos armados en el primer plano del Estado y la reestructuración del conjunto del sistema de dominación en torno a las Fuerzas Armadas. En la actualidad éstas no sólo son la columna vertebral de la dominación sino que también constituyen su cerebro.

En el proyecto de institucionalización puesto en marcha con la nueva Constitución, en marzo de 1981,¹³ apuntan a constituirse en el poder del Estado,¹⁴ junto a los tres poderes clásicos de la dominación burguesa (Ejecutivo, Legislativo y Judicial). Sin embargo, en la actualidad las Fuerzas Armadas controlan y "ocupan" tres de los cuatro poderes estatales: el poder ejecutivo, con la presidencia de Augusto Pinochet; el poder legislativo, en manos de la Junta Militar, y el poder militar propiamente tal. Sólo el poder judicial ha quedado formalmente fuera de este avance militar sobre el Estado. Todo esto hace palpable el grado de militarización de la vida política del país, generando una estructura estatal sumamente rígida, que no ofrece espacios flexibles para los acuerdos y compromisos entre las clases dominantes, muchos de ellos sustentados en el reparto y prorrato permanente de centros de poder en las anteriores estructuras de dominación. De esta forma, las pugnas al interior de las clases dominantes no encuentran vías fáciles de solución, ya que las Fuerzas Armadas chilenas, por su verticalidad y rígida disciplina, no han logrado convertirse en voceros y representantes regulares de las diversas fracciones burguesas. El carácter rector del poder

¹³En esa fecha se puso en vigencia la nueva Carta Fundamental, la cual fue aprobada en plebiscito en septiembre de 1980. Algunos de los puntos de la nueva Constitución aún no entran en vigencia y para ello se decretó un cuerpo legal transitorio.

¹⁴Ver sobre la categoría "Estado del Cuarto Poder", de Marini, Ruy Mauro, *La cuestión del Estado ...*, op. cit..

militar constituye una de las características fundamentales del nuevo Estado chileno.

2.- *Una nueva alianza dominante: Altos Mandos de las Fuerzas Armadas y Burguesía Financiera.*

La presencia de la Alta oficialidad de las Fuerzas Armadas en la escena política no ha implicado simplemente su transformación en una nueva clase política, en reemplazo de los antiguos cuadros que ejercían estas funciones en el aparato de dominación. Mucho más importante es el hecho que, como representantes de la corporación militar, son uno de los pilares sociales de la alianza política que sostiene el nuevo aparato de dominación. El otro polo de la alianza lo constituye la burguesía financiera, la cual -con mayor o menor presencia- ha sido representada en el Estado por un largo período por los *Chicago boys*, quienes han sustentado importantes cargos en las instituciones que definen la política económica del país.

Esta alianza política -que adquiere expresiones sociales y económicas como la presencia de militares retirados en los directorios de las grandes empresas, en la participación conjunta como accionistas, en lazos matrimoniales y sociales de todo tipo-, es el soporte fundamental de los nuevos proyectos económico y político y adquiere expresión estatal en instancias de decisión económica y de seguridad nacional, como el comité de Asesores Económicos y el Consejo de Seguridad Nacional.¹⁵

¹⁵En fechas recientes el gobierno ha aplicado medidas que afectan intereses del capital financiero, como intervenciones a la banca, disolución de empresas, etc. Estas acciones están enmarcadas en la necesidad de aplicar una cuota de racionalidad a la gestión económica de las clases en la crisis económica, debiendo para ello acentuar el Estado sus tendencias a la autonomía respecto a diversos sectores dominantes.

3.- El Estado ante la sociedad civil

Mirado en su conjunto el sistema de dominación, constatamos que el Estado ya no sólo coopta el núcleo o la cúspide de aquél, sino que ha extendido sus límites, absorbiendo y copando la sociedad civil. Parte sustancial de las instituciones de la sociedad civil, como partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación, etcétera, han sido destruidos o declarados ilegales. Por otra parte, los organismos e instituciones de la sociedad civil que permanecen, sufren readecuaciones y un estricto control militar. Los programas de educación de todos los niveles han sido modificados, introduciéndose materias de defensa civil y geopolítica; se ejerce control policial en los salones de clases y se han nombrado rectores militares en los centros superiores de enseñanza. Hacia los medios de comunicación se establece un férrea censura y los organismos sindicales desarrollan su quehacer bajo estrictas medidas de vigilancia policial.

La reducción de la sociedad civil y el control coercitivo de las instituciones que le pertenecen, por el Estado, es la expresión política, en el plano de la dominación, de las rupturas en las alianzas de clases que caracterizaban al Estado chileno anterior, y muestra el desplazamiento y marginación política de amplios sectores sociales que han quedado 'mudos' y son posibilidades de expresión bajo las nuevas estructuras de dominio. De esta forma, los antiguos vasos comunicantes entre el Estado y la sociedad han sido rotos, creándose un cuadro de asfixia política que sólo puede ser sostenida con medidas represivas. Las tensiones sociales tienden así a concentrarse, sin que existan las válvulas que permitan aliviar la presión.

4.- Las Modernizaciones. Proyectos de atomización política y social.

El despojo de los espacios e instrumentos de expresión de diversas clases, que ha creado un sistema político tremendamente rígido e inflexible, ha sido acompañado por los esfuer-

zos de construcción de nuevas formas de comunicación y de relación política entre las clases.

Instauradas las formas elementales de funcionamiento del nuevo esquema de dominación, el régimen militar se dió a la tarea de resolver la falta de relación entre la base social y el Estado. Las formas anteriores de esta relación estaban fuertemente marcadas por una connotación clasista, esto es por el reconocimiento de la existencia de grupos y clases sociales que como tal actuaban, luchaban y presionaban por imponer sus intereses sobre la sociedad. Una vez destruidos o minimizados los instrumentos que expresaban esta situación, los partidos políticos, las centrales sindicales obreras, los colegios profesionales, etcétera, y reducido el papel del Estado como punto de referencia en la negociación de las clases, al ser trasladado al mercado, el gobierno se dió a la tarea de crear nuevas instancias de relaciones entre la sociedad y el Estado, que rompieran con los agrupamientos clasistas. En el fondo se trata de crear cuerpos institucionales que propicien la atomización social y política de la población. Este es el principal objetivo del conjunto de transformaciones políticas llamadas "modernizaciones".¹⁶ Se trata de encerrar a los miembros de la sociedad en pequeñas parcelas sociales y económicas (llamensé municipios, empresas o centros universitarios) e impedirles plantearse una visión global del país y de los problemas que los aquejan. La política, entendida como una perspectiva general de la sociedad, pasa así a constituirse en privilegio de un reducido grupo social.

Uno de los proyectos que refleja más claramente los objetivos antes señalados es el que plantea hacer de los municipios los centros fundamentales de participación ciudadana. Son reiterados los señalamientos de Pinochet en tal sentido, y en la misma nueva Constitución se habla de la necesidad de crear Consejos de Desarrollo Comunal (CODECO) en los

¹⁶Se entiende por "modernizaciones" las transformaciones que el régimen militar ha realizado en diversos planos de la estructura de dominación del país. Se ubican los cambios en la educación, la nueva legislación laboral, los cambios político administrativos, en la previsión social, en la justicia, etc.

municipios, que permitan la incorporación de la población, sólo en sus localidades, a la discusión y solución de los problemas que los afectan. El municipio debe ser entonces el marco social y político de referencia de la población.

Bajo estos organismos municipales el régimen espera llenar el vacío político creado con la liquidación de los canales tradicionales de expresión y participación política de la población y, al mismo tiempo, transformarlos en los colchones políticos que amortiguen las presiones de la base social sobre el Estado con el fin de impedir que las demandas y conflictos sociales repercutan en las cumbres de la dominación. El Plan Laboral, dictado en 1979, es otro de los principales proyectos de las "modernizaciones".¹⁷ Más allá de sus objetivos económicos, de institucionalizar la violenta política de superexplotación puesta en marcha desde 1973, desde el punto de vista político estos decretos laborales buscan fomentar la división y el paralelismo sindical y las negociaciones individuales de los obreros con los empresarios por sobre las negociaciones colectivas y generales. Así es como se plantea el derecho a la creación de múltiples sindicatos por fábrica, el desconocimiento de organizaciones sindicales superiores, como federaciones y confederaciones, en tanto instancias de negociación salarial, la ilegalidad de las organizaciones sindicales de carácter nacional, etcétera.

Cualquiera que sea el proyecto modernizador que analicemos, siempre se encuentra como denominador común el objetivo de romper con los agrupamientos clasistas en la sociedad: la Reforma Previsional puesta en marcha en 1981 hechó por tierra la perspectiva solidaria y colectiva presente en la previsión social anterior, fomentando la solución individual al problema;¹⁸ la municipalización de la educación busca impedir planteamientos gremiales de carácter nacional en los

¹⁷Se denomina Plan Laboral a un conjunto de decretos puesto en vigencia en 1979 y que tienen por objeto establecer las condiciones para la organización sindical de los trabajadores y los marcos para el desarrollo de las negociaciones colectivas entre el capital y el trabajo.

¹⁸Véase al respecto, Nash de Torres, Joaquín, *La Reforma Previsional*, Serie de Estudios Jurídicos, Vicaría de Pastoral Obrera, Santiago, Chile, 1982.

profesores, aislándolos y dejando en manos de los alcaldes la solución de los problemas laborales; el fraccionamiento de facultades y escuelas universitarias pretende impedir la unificación de los estudiantes, fomentándose además la competencia y la discriminación entre éstos al establecerse que sólo 12 carreras universitarias mantienen el status de universitarias y el resto (más de 100) pierden esta calidad.

5.- El nuevo papel del Estado en la economía.

La adopción de los planteamientos neoliberales en materia económica y la constitución del mercado como instancia fundamental de distribución de los beneficios, ha provocado profundos cambios en las formas de gestión del Estado en la economía. En lo más inmediato esta nueva política económica ha implicado el traspaso de cientos de empresas que se encontraban en diversas formas jurídicas bajo control estatal, a manos privadas, trastocándose la tendencia de más de tres décadas de ingerencia directa del Estado en materia de inversiones productivas. Por otra parte, muchos de los servicios sociales proporcionados anteriormente por el Estado, generalmente subvencionados, como salud, educación, vivienda, etcétera, han pasado a la esfera de los negocios privados. El control del crédito por parte del Estado también ha sufrido importantes reducciones.¹⁹

Esta reducción del papel del estado en materia económica y al transformación del mercado como factor determinante en la distribución de la riqueza social, responde a los requerimientos políticos y económicos de la burguesía financiera, ya que implica el abandono de amplios sectores sociales que a través de la acción estatal (subvenciones, creación de empleos, etcétera) encontraban condiciones de reproducción. El mercado por otra parte, constituye el campo fundamental en donde el gran capital puede imponer sus condiciones al resto de las

¹⁹Véase de Osorio, J., *op. cit.*

fracciones burguesas y someter a la fuerza de trabajo las condiciones de superexplotación.

De esta manera, la reducción del papel directo del Estado en la economía no es más que otra de las formas como se expresa la ruptura de las alianzas sociales que comprometían a las clases dominantes con sectores de la pequeña burguesía, del proletariado y del campesinado. Se abre un amplio campo para que el gran capital resuelva los procesos de centralización de capitales y otras contradicciones económicas con diversas fracciones burguesas y avance sobre los intereses de las clases populares.

Pero la reducción del papel gestor e inversor del Estado no implica que su importancia se haya reducido en la creación de las condiciones que inciden en la reproducción del capital. Por el contrario, el Estado chileno sigue jugando y hoy más que nunca, un papel destacado en los condicionantes que determinan el precio de la fuerza de trabajo, en la elevación de la tasa de explotación y en crear, por tanto, los condicionantes para que el capitalismo chileno pueda reorientarse al mercado mundial y amortiguar su actual crisis económica. La política económica y no las inversiones directas son su principal instrumento de gestión económica.

6.- Las Fuerzas Armadas y la Clase Política.

Parte importante de las líneas y soluciones políticas que el nuevo Estado chileno ha buscado dar a su vinculación con la base social están enmarcadas y limitadas por la particular relación que ha mantenido las Fuerzas Armadas con la llamada clase política en la sociedad chilena, esto es, con aquel sector social que manejaba las cuestiones públicas y que "reinaba"²⁰ en el aparato estatal. Dicha relación ha sido históricamente conflictiva y excluyente y no se han dado lazos de complementación cuando ambas se han

²⁰ Este término lo tomamos de Nicos Polantzias. Ver su trabajo *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México. Siglo XXI editores. 1979 (13 edición). Tercera Parte, capítulo 4

hecho presentes en la escena política; más bien han tendido a competir mutuamente: donde 'reina' una, es marginada la otra.

En los años 20, en los momentos del derrumbe del Estado oligárquico, Arturo Alessandri debe abandonar su primer gobierno como resultado de las acciones que se suceden cuando un grupo de oficiales del Ejército irrumpen en el Congreso Nacional para presionar por la dictación de leyes sociales que estaban retenidas en el Parlamento por la mayoría oligárquica. Así se iniciaban las pugnas modernas entre los militares y los "políticos". En 1932, iniciado el segundo gobierno de Arturo Alessandri, y reacomodadas las clases luego del desbarajuste producido por el quiebre del sistema de dominación oligárquico, la clase política desata una aguda ofensiva para limitar el papel de las Fuerzas Armadas en el nuevo sistema de dominación. Cabe recordar que durante los siete años anteriores, oficiales de todas las ramas de las Fuerzas Armadas, particularmente del Ejército y de la Aviación, actuaron en el primer plano de la dirección política del país. En su nuevo mandato Alessandri, asumirá la tarea de hacer volver a los militares a sus cuarteles, debiendo para ello apoyarse en la creación de un poder militar paralelo, las Milicias Republicanas, las cuales sólo serán disueltas cuando se tiene la certeza de que los militares no volverán a la vida política activa.

Es a partir de esta fecha que comienza a ganar vida la imagen "constitucionalista" de las Fuerzas Armadas, calificativo que formaba parte de la camisa de fuerzas que la clase política ponía a los militares con el fin de reivindicar su derecho a gobernar.

Desde 1973 se inicia un proceso con signo contrario. Las Fuerzas Armadas copan el aparato estatal, liquidan los partidos políticos, el Parlamento y todas las formas privilegiadas en que se desarrollaba la clase política chilena. Los antiguos políticos pasan a ser excluidos y sólo aquellos que aceptan relacionarse con los militares no de igual a igual (o de corporación frente a otra corporación), sino subordinados, pasan a desarrollar funciones en el nuevo aparato estatal.

Los rechazos de Pinochet a "los políticos", haciéndolos responsables de la crisis política vivida por el país, sus constantes denuestos contra los partidos y la postergación en la definición del estatuto de los partidos políticos reconocidos por la nueva Constitución, forman parte de la reivindicación de los militares de su derecho a gobernar. De más está indicar que estas pugnas entraban el diálogo entre los militares y los partidos políticos y hacen más inflexible y rígido el sistema de dominación.

7.- La Iglesia católica y el nuevo Estado.

Tal como hemos indicado en páginas anteriores, el avance del Estado sobre la sociedad civil chilena ha sido extremo, dejando escasos espacios fuera de su control. La Iglesia católica ha sido una de las instituciones que han logrado mantener su autonomía frente al Estado en los años de dictadura. Más allá de los diversos momentos de acercamiento o alejamiento que han mantenido frente al gobierno, lo cierto es que la Iglesia católica ha asumido en estos años una serie de funciones y ha cumplido un papel que por su amplitud, nunca antes había desarrollado dentro del sistema de dominación. Atravesada por diversos y contradictorios intereses de clase la Iglesia se ha convertido en vocero y representante de diversos sectores opositores al régimen: fracciones burguesas y núcleos del movimiento popular han encontrado en las diversas instituciones eclesíásticas -con las limitaciones de clase antes indicadas- una fuente de representación y de expresión que les ha sido negada en otros terrenos.²¹

Como quiera que sea, la Iglesia católica ha extendido su campo de acción en el período dictatorial, creando instancias en asuntos tan diversos como defensa de los derechos

²¹Consúltese sobre este punto de M.A. Garretón, "El camino institucional y el sistema político" en *Las modernizaciones en Chile: Un experimento no liberal*, en Revista *Chile América*, Roma, Italia.

humanos, defensa de presos políticos, asistencia social, centros de investigación y docencia, apoyo a organizaciones sindicales, etcétera, manteniendo espacios en la sociedad civil que difícilmente alguna otra institución podría sostener.

IV. LAS DEBILIDADES DEL NUEVO MODELO DE DOMINACION.

A la luz del punto anterior hemos podido constatar que han sido globales las transformaciones estatales y del sistema de dominación realizadas por el régimen militar. Los cambios operados han trastocado radicalmente el esquema institucional vigente en el país por cerca de medio siglo. Las formas tradicionales de organización y de representación de las clases han sido suprimidas, y los espacios de relaciones políticas entre éstas y de éstas con el Estado han sido modificadas. Se ha hecho manifiesta la voluntad de impedir una vuelta atrás, no sólo en el sentido de poner atajo a una nueva crisis de dominación, sino también, en no permitir que las clases se rearticulen y actúen como agentes políticos. En las páginas que siguen queremos ver si tales objetivos han sido logrados y si las profundas transformaciones de la superestructura alcanzan realmente a los agentes sociales y se engarzan en su dinámica real, o si, por el contrario, constituyen movimientos que no terminan de integrarse y orientar la conducta política del movimiento social.

1.- Las limitaciones sociales del nuevo patrón de reproducción de capitales

Como indicamos anteriormente en el plano económico, la dictadura militar ha impulsado un nuevo patrón de reproducción de capitales que, a diferencia del modelo diversificado vigente hasta 1973, es altamente especializado y sustentado en el desarrollo de un núcleo reducido de ramas y sectores económicos, básicamente aquellos que ofrecen ven-

tajas y sectores económicos, básicamente aquellos que ofrecen ventajas comparativas en el mercado mundial. La creación de las bases de este nuevo proyecto económico exigió un agudo proceso de centralización de capitales, de canalización de recursos estatales hacia el capital monopólico y de superexplotación de los trabajadores. Con ello, las clases mayoritarias de la población sufrieron los efectos de la nueva reordenación capitalista. En el plano ideológico, se indicó que tales costos eran transitorios y que pronto llegaría la época del reparto de beneficios. Sin embargo, desde 1977 hasta mediados de 1981 la nueva economía especializada vivió un período de repunte y reanimación en donde las tasas de crecimiento fueron superiores al promedio de crecimiento del conjunto de América Latina, y aún en esos momentos el carácter restringido de la economía, la concentración del ingreso y el deterioro de sueldos y salarios se mantuvo en sus tendencias fundamentales.²² Por una parte, el nuevo proyecto de desarrollo débilmente lograba otorgar espacios para reproducirse a los sectores burgueses menos ligados a los nuevos ejes de acumulación. De esta forma, aún los mejores momentos de la nueva economía, ésta no lograba crear las condiciones materiales para concertar en el plano político una ampliación de las estrechas alianzas sociales que sostienen a la dictadura militar.

A mediados de 1981, la situación política tendió a empeorar. La crisis mundial se hizo presente en el país, provocando una aguda recesión que ya no sólo ha afectado a los sectores burgueses ligados en forma periférica al nuevo patrón de desarrollo, sino que ha pasado a golpear los centros mismos del nuevo proyecto, generando un nivel de enfrentamiento entre el gobierno y los sectores empresariales del capital monopólico desconocido en los años de dictadura. Junto a estas fisuras sociales y políticas, ha aumentado el distanciamiento entre el gobierno y las clases populares como producto de las políticas que redoblen la miseria, para hacer frente a la crisis.

La pequeña burguesía, por otra parte, afectada en todos sus sectores: marginada del aparato estatal como producto de la

²²Osorio, *op. cit.*

reducción de empleos en la burocracia por la disminución del gasto público; golpeada por la aguda centralización de capitales, la reducción del crédito bancario, la competencia de productos extranjeros; desvalorizada su capacitación profesional por la pérdida del status universitario en sus estudios, por la reducción de empleos en las universidades y dependencias estatales, etcétera, ha sufrido agudamente el rechazo económico y político de la burguesía financiera.

En este cuadro los sectores dominantes cuentan con escasos espacios para negociar y conquistar a sectores sociales que no sean los directamente relacionados con el nuevo patrón de desarrollo. En tanto el proyecto económico y el Estado han dejado de ser terrenos que favorecen -en mayor o menor medida- el desarrollo del conjunto de las clases dominantes, y se han puesto al servicio de una reducida fracción burguesa, en esa medida el sistema de dominación ha perdido capacidad de sostenerse por consenso y el recurso de la fuerza se tiende a constituir no sólo en un recurso transitorio, sino en la forma regular y permanente del dominio. Cuando ello ocurre, más que signo de fortaleza, lo que se expresa es la debilidad del proyecto político en marcha.

2.- Un sistema político no institucionalizado

En septiembre de 1980 con el llamado a plebiscito para sancionar la nueva Constitución política y en marzo de 1981, con la puesta en marcha de dicho documento, se dieron los pasos fundamentales para la institucionalización del nuevo sistema estatal y de dominación en Chile, que apunta a consagrar las correlaciones de fuerza ganadas por las clases dominantes a partir del golpe militar. Sin embargo, más allá de las formalidades cumplidas, de la creación de nuevas instituciones, de la división de poderes ya establecida y de la definición de una ruta hacia la superación del carácter transitorio del actual ordenamiento político, lo cierto es que el proceso se encuentra débilmente in-

stitucionalizado y muchos de los aspectos fundamentales siguen sin resolverse. En efecto, el papel político de Pinochet es clave, no sólo por la importancia de su cargo, sino porque a pesar de las transformaciones operadas, el régimen chileno sigue siendo una dictadura personalizada, es decir, que las instituciones y diversos poderes siguen girando en forma subordinada al dictador, como en los primeros días del golpe militar. Esta centralidad del sistema político en la figura de Pinochet muestra la debilidad del proceso ya que hace reposar su estabilidad más en el hombre que en las instituciones que representa.

En el período predictatorial, por ejemplo, los poderes del Estado y sus diversas instituciones, mantenían autonomía respecto a las personas que ejercían en ellas, lo que aseguraba la vigencia del sistema una vez concluido el mandato de aquellas. Esto es lo que no se ha resuelto bajo la dictadura militar cuando nos acercamos a una década de su instauración. No se ha logrado conformar una dictadura institucionalizada, como en Brasil, en donde el traspaso de poderes de un mandatario a otro no perturba el desarrollo del proceso. Por ello a pesar de las definiciones realizadas, el proyecto político aún se encuentra difuso y en disputa entre diversos sectores de las clases dominantes, interpretando los pasos de la institucionalización de manera contradictoria, particularmente respecto a lo que sigue luego de concluido el período de Pinochet o incluso exigiendo una reducción de los plazos de su mandato.

3.- Persisten los agrupamientos clasistas en el movimiento popular

En este punto se concentran a nuestro entender una de las debilidades más importantes del proyecto político de la dictadura militar, en tanto se pone en cuestión la capacidad de los sectores dominantes no sólo de golpear y arrebatar espacios al movimiento popular y de quitarle formas de

expresión y de representatividad, sino de ganarlos ideológicamente y de hacer que su accionar social y su organización se desarrolle por los cauces definidos por el régimen. En pocas palabras, el centro del problema es cuánto terreno ha ganado el proyecto político dictatorial en el seno del movimiento popular, es decir, en una zona estratégica por excelencia.

Hemos visto que los objetivos claves de los sectores dominantes frente al movimiento de masas en materia política son la atomización social y la desarticulación, en aras de impedir nuevos reagrupamientos clasistas en la sociedad. Esto requiere romper con las experiencias y prácticas que han marcado la vida social y política del movimiento popular chileno durante décadas.

Difícilmente se puede sostener que al golpe militar afectó superficialmente al movimiento de masas. Sólo el recuento represivo, con el asesinato de cientos de dirigentes sindicales y políticos, la cárcel y el destierro de mucho más, muestran que ello no ha sido así. Por otra parte, el cambio de escenario político producido con el golpe militar, en donde los planos naturales de acción del movimiento de masas sufrieron variadas alteraciones, además del agudo cambio en la correlación de fuerzas, muestran que la irrupción militar de la burguesía incidió profundamente en los primeros años de dictadura en la desorganización, el reflujo y en el ahogo político del movimiento popular. Sin embargo, pasados algunos años es posible constatar que si bien la ofensiva militar inicial logró los efectos arriba indicados, la ofensiva ideológica y política del régimen ha tenido muchos menos resultados.

Así por ejemplo, más allá de los éxitos alcanzados por la clase empresarial en las negociaciones colectivas bajo los lineamientos del Plan Laboral, lo cierto es que la reanimación y reorganización a que se asiste en el movimiento sindical desde 1977 en adelante, sin ser espectacular, se desarrolla en una línea que retoma las tradiciones clasistas que caracterizaron al movimiento obrero y no bajo las perspectivas y modalidades trazados por el régimen en la materia. Así, por ejemplo, se mantiene la tendencia a la unidad sindical en las fábricas, al igual que a nivel interfábrica entre ramas y sectores económicos, y, se imponen de hecho

organizaciones sindicales con carácter nacional como la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) que agrupa a más de medio millón de trabajadores, desconocida por la nueva legalidad de la dictadura. Por otra parte, se ha tendido a romper el cerco de las fábricas como foco de los conflictos y estos, en muchas ocasiones, han sido agitados en las calles y han concretado la solidaridad de los trabajadores de otras empresas y organismos económicos salarial en que la nueva legislación laboral quiere circunscribir los conflictos y se ha agitado en el plano nacional reivindicaciones políticas exigiendo el derecho a reunión, de organización y el cuestionamiento de la política económica del régimen. Tales fueron algunos de los puntos centrales presentados por la Coordinadora Nacional Sindical en el Pliego Nacional, a mediados de 1981, acción que significó el primer hecho político de carácter nacional realizado por el movimiento sindical bajo el período dictatorial. Y ello ocurría a más de 8 años de la política represiva y de la ofensiva ideológica desatada por el régimen militar. Allí se hacía palpable que los rumbos por los cuales avanza el movimiento obrero se entroncan con sus tradiciones históricas y no con la dinámica impulsada por el nuevo régimen.

Es indudable que el accionar del movimiento obrero chileno en los años de dictadura, no puede ser analizado desde la perspectiva de su dinámica, movilidad y eferescencia presente entre 1970 y 1973. Aquel fue el período más alto alcanzado por la lucha de clases en el país y toda comparación, por tanto, a partir de esta medida, minimiza e impide una justa valoración de lo realizado en los últimos años. Esto es tanto más cierto si consideramos que los parámetros políticos en los cuales se educó, forjó y actuó el movimiento obrero chileno por cerca de 50 años, han sido totalmente trastocados y ha comenzado el duro aprendizaje de una clase para actuar, organizarse y encontrar los medios de defensa de sus intereses, bajo condiciones totalmente nuevas. De esta forma, el desarrollo de huelgas, marchas callejeras, ollas comunes²³ y los pequeños avances en materia de

²³Fórmula en donde los trabajadores, o colonos preparan en conjunto sus alimentos, por lo general en las puertas de las fábricas o en los campamentos.

unidad sindical bajo el período dictatorial reflejan dinámicas sociales distintas que las que estas mismas acciones podían reflejar en la época de apertura democrática predictatorial.

Pero por sobre todo, hacen patente la mantención de la autonomía política del movimiento obrero, situación que expresa una de las mayores limitantes de la política del régimen militar.

4.-El desarme ideológico y político ante las acciones clasistas

Dentro de la concepción neoconservadora que prevalece en el régimen militar se justifica la falta de espacios en el sistema político para la expresión de las diversas clases y para que éstas diriman sus conflictos, porque supone que las clases en tanto organismos políticos deben ser eliminadas y los miembros de la sociedad deben realizar sus proyectos atomizadamente a través del mercado. Pero esta concepción poco tiene que ver con la dinámica real. En efecto, en tanto el nuevo modelo económico es incapaz de satisfacer los requerimientos de los sectores mayoritarios de la población, propicia la agitación y el malestar social. Por otra parte, hemos visto que la dictadura ha sido incapaz de derrumbar las tendencias clasistas que prevalecen en el movimiento popular en materia de organización, formas de lucha y tipo de relación frente al Estado y la dominación. De esta forma, los conflictos sociales y las expresiones de las clases se multiplican, sin encontrar caminos de solución y de canalización, en tanto ideológicamente el nuevo sistema institucional no encuentra respuesta a la situación y orgánicamente no logra "amarrar" a las clases a las nuevas formas institucionales. Frente a esto, al Estado no le queda más recurso que la represión, es decir, apoyarse en los aspectos militares de la doctrina de la contrainsurgencia, declarando que los hechos clasistas responden a actos subversivos de enemigos abiertos o encubiertos; con ello hace patente a su vez las limitaciones de su accionar militar en

más de 9 años de despliegue sin cortapisas. El tener que fundamentar ideológicamente su quehacer represivo en los elementos primarios de la contrainsurgencia hace patente las debilidades políticas del régimen y nos permite explicar el por qué la dictadura militar en Chile, a pesar de las profundas transformaciones políticas llevadas adelante, sigue constituyendo uno de los regímenes más represivos de la región, y con menor capacidad de asimilación de la disidencia que se genera en el país.

La incapacidad de impedir la rearticulación política de la sociedad y la falta de canales institucionales que encaucen la expresión política y que ofrezcan terrenos para los acuerdos interclasistas, genera una caldera que eleva en determinados momentos su presión. El termómetro político del actual sistema no logra medir estas situaciones y es por ello que se manifiesta sorprendido cuando se producen movilizaciones masivas que adquieren un claro tinte antidictatorial.

Esta asfixia política obliga a las clases a las acciones de hecho y a buscar caminos extrainstitucionales para expresarse y defender sus intereses. Si en los períodos anteriores al golpe militar, la institucionalidad vigente impulsaba y propiciaba una conducta legal e institucional en el movimiento de masas y en las organizaciones políticas que lo representaban, en la actualidad, por el contrario, el sistema político favorece e impulsa el desarrollo de una conciencia y un quehacer político ilegal.

V. CONCLUSIONES.

El análisis anterior permite prefigurar que el sistema de dominación en Chile bajo la dictadura militar es sumamente frágil, en tanto no ha logrado resolver problemas fundamentales. El bloque dominante no ha logrado reconstruir toda esa serie de intermediaciones institucionales que se interponen entre el Estado y la sociedad y que se constituyen en las "trampas" con que debe contar todo sistema de

dominación para amarrar y empantar los conflictos sociales, desviarlos de sus objetivos e impedir que cada convulsión social llegue a afectar los puntos neurálgicos de la dominación y obliguen por ello al recurso extremo de la fuerza para enfrentar la situación.

En este sentido el estado chileno se encuentra desprotegido, totalmente al desnudo y toda acción contestaria pasa por ello a convertirse en un hecho que afecta los puntos sensibles del esquema de dominación. La represión se transforma entonces en el recurso permanente, lo que denota las debilidades del sistema imperante y no su fortaleza.

Diversos sectores que agrupan a los núcleos más lúcidos de la alianza Altos Mandos militar/burguesía financiera, han constatado esta situación y han emprendido algunas medidas con el fin de darle un contenido ideológico, moral y político a las formas institucionales creadas con el fin de que logren articularse orgánicamente con la sociedad. Es así como se han propiciado centros de estudios privados que desarrollan una activa gestión en aras de resolver la aplicación de la doctrina neoconservadora a la situación concreta del país. Sin embargo, su gestión y materiales de difusión (libros, folletos, charlas, seminarios, etcétera) sólo alcanzan a núcleos reducidos de la población, a los "iniciados" y no logran significación en los sectores mayoritarios del país.

Una vez constatadas las debilidades del nuevo sistema de dominación cabe preguntarse qué es lo que sostiene el actual sistema institucional. La respuesta se encuentra en las características presentes en el aparato militar de la burguesía, en las Fuerzas Armadas.

Más allá de los problemas que recorren al conjunto de las instituciones del nuevo Estado, de su incapacidad de engarce con la sociedad y la dinámica de las clases, y de reconstitución de la sociedad civil bajo la nueva hegemonía, las Fuerzas Armadas constituyen la institución más férreamente cohesionada desde el punto de vista orgánico e ideológico con que cuenta el actual sistema de dominación. En tanto allí se concentra el poder estatal

en sus aspectos materiales, la fuerza que se impone a las clases, la dominación de la burguesía, a pesar de las múltiples debilidades, encuentran allí su punto fundamental de realización y apoyo.

La doctrina de la contrainsurgencia, que constituye un cuerpo ideológico global de explicación de la sociedad, de su funcionamiento, problemas y caminos de solución, es el fundamento del accionar como cuerpo del aparato militar en la sociedad chilena. El carácter vertical y jerarquizado del mando, la obediencia militar y la disciplina adquieren así nuevos basamentos para cohesionar a las instituciones armadas en una perspectiva monolítica. En ese sentido, las posibilidades de quiebres orgánicos, que atraviesen de arriba a abajo los aparatos armados son cada vez más remotos, cuestión que se confirma al analizar lo que ha ocurrido con estas instituciones en países donde la lucha de clases ha llegado a niveles elevados, como Nicaragua, El Salvador o Guatemala. Sólo de carácter parcial o tangencial fueron las rupturas producidas en la Guardia Nacional de Somoza o las que se han producido en los ejércitos de los otros dos países. Las fisuras producidas en Chile en las Fuerzas Armadas en estos años, con el retiro incluso de un miembro de la Junta Militar²⁴ y la rápida regeneración del cuerpo militar, confirman lo anterior.

Por todo lo anterior, la democratización real del país y no la conformación de una democracia restringida como pretenden los sectores dominantes, sólo será posible a través de un proceso que contemple entre sus aspectos fundamentales la acumulación de fuerza militar paralela a los actuales aparatos armados. De esta forma, la dinámica de los enfrentamientos políticos tenderá a emparentarse, con su especificidad, con las experiencias más recientes de lucha social en el continente, particularmente las desarrolladas en Centroamérica.

²⁴Presionado por Pinochet ante las discrepancias sobre la conducción política y económica del país, el comandante de la Fuerza Aérea Gustavo Leigh, debió renunciar a su cargo en la Junta Militar y en la dirección de la rama aérea en 1979. En su reemplazo fue designado el general Fernando Mattei, quien asumió luego de que 18 oficiales de mayor antigüedad renunciaron tras la destitución de Leigh.

América Latina después de las bayonetas

No deja de ser paradójico que el proceso de democratización avance en América Latina en momentos de aguda crisis económica. Los tiempos parecen poco propicios para abrir espacios de expresión a la sociedad.

Es una mirada superficial podría señalarse que la política y la economía caminan en direcciones contrarias y que pronto deberían producirse cambios radicales en uno u otro terreno para poner las cosas en su lugar.

Sin embargo, más allá de las apariencias, existen significativos puntos de compatibilidad entre ambos procesos, que no sólo hacen posible sino necesario readecuar las estructuras políticas con aperturas democráticas a fin de avanzar en el proceso de transformación de las estructuras económicas de la región.

La deuda externa y las crecientes dificultades para enfrentar su pago constituyen desde algunos años el tema de los complejos problemas económicos que vive América Latina. Es, sin lugar a dudas, el punto clave que sintetiza la crisis de las relaciones económicas internacionales, concentradas en el campo financiero.

Pero tras el problema de la deuda existen a lo menos dos aspectos semiocultos, de tanta o mayor significación para los países de la región por su futura proyección. Nos referimos en primer lugar a las presiones por lograr una creciente subordinación política de los gobiernos latinoamericanos a las decisiones del capital transnacional y su representación, el Fondo Monetario Internacional (FMI), con la consiguiente pérdida de soberanía. El uso político de la

debilidad para pagar constituyen uno de los pilares en que se asienta este proceso.

Como respuesta a estas tendencias han surgido posiciones ejemplares desde algunos de los nuevos gobiernos civiles, reivindicando su derecho a asumir las decisiones que consideren necesarias para salvaguardar los intereses nacionales, a contrapelo de la voluntad de los centros financieros.

Los publicitados enfrentamientos entre Alan García y el FMI, así como las fuertes respuestas del primer gabinete económico de José Sarney al Fondo son hitos de esta situación. Pero la búsqueda de un férreo control aprovechando las debilidades financieras de las economías latinoamericanas siguen presentes por parte de la gran banca internacional.

El segundo aspecto dice relación con el proceso de reestructuración de las bases productivas en América Latina al calor de las transformaciones que se gestan en el capitalismo a nivel mundial, en la búsqueda de soluciones a la crisis.

En este caso, la deuda también es utilizada como instrumento de presión, esta vez para obligar a las economías de la región a caminar en la dirección de una creciente integración al mercado mundial, vía aperturas de las barreras proteccionistas, afinar la especialización productiva y lograr el voleamiento de la producción al mercado exterior.

Todo esto exige grandes cambios en la línea de elevar la capacidad de competencia en los mercados internacionales, para lo cual se requiere abaratar costos y elevar la productividad. Tales son algunos de los principales objetivos que se busca con las exigencias presentes en las renegociaciones de la deuda, cuando el FMI plantea reducciones del déficit fiscal (casi siempre presionado por demandas sociales tales como empleos, salarios, educación, viviendas, salud), fin de la "obesidad estatal" liquidando organismos y empleos, transfiriendo empresas al sector privado y reduciendo las barreras proteccionistas.

Tras las negociaciones en torno al pago de la deuda, por tanto, lo que está en juego no es sólo el pago de los réditos, sino, también, la readecuación de una economía mundial

libre de trabas, indispensables para la nueva circulación de una economía mundial libre de trabas, indispensable para la nueva circulación de mercancías y capitales.

La militarización de la vida política en la relación constituyó una de las modalidades estatales para el logro de estos objetivos en su primera etapa. En efecto, una de las condiciones para poner en marcha estos proyectos es la marginación o liquidación de las organizaciones políticas y sindicales autónomas del campo popular. Las medidas de contrainsurgencia con su secuela de "guerras sociales", de crímenes y desarticulación de estructuras políticas, encuentra aquí sus razones de Estado.

Si bien la crisis económica se desata con fuerza en América Latina recién a comienzos de los ochenta, no es menos cierto que el proyecto reestructurador de la economía mundial ya se había iniciado desde la década anterior. La agudización de los problemas económicos ha tenido como efecto acelerar estos cambios al mismo tiempo que debilitar las posibilidades de negociación en dicha reestructuración.

Estos son los momentos en donde se manifiestan para las burguesías locales las dificultades de mantener a las Fuerzas Armadas como el instrumento de dirección estatal. El plan de recreación de la América Latina del futuro requiere de cambios. Los aspectos negativos de la gestión militar comienzan a pesar más que sus aspectos positivos. Y la urgencia de aperturas políticas, de redemocratizar y de gobiernos civiles se hace carne tanto en las oficinas del Departamento de Estado como en los círculos sociales de las clases dominantes del Continente. La democracia ganó así de apoyos sociales y políticos hasta hace poco insospechados.

Al compás de las reducciones de un sinnúmero de funciones, las Fuerzas Armadas se constituyen en un germen de voraces gastos y de expansión de las actividades estatales. La "guerra interna" y toda la secuela de cuerpos especiales que su implementación requiere, se convirtieron en un punto de enormes desgües financieros. En la misma dirección operó

el crecimiento de los cuerpos regulares, la renovación de armamentos, las bonificaciones y prebendas.

En un primer momento, esto era asumido como los costos necesarios para crear las bases de la nueva sociedad. Sin embargo, la prolongación de estas necesidades con independencia de la presencia de "enemigos reales" y acrecentadas en muchos casos por la simple corrupción, tendió a convertirse en obstáculo a los requerimientos de recursos para la reestructuración económica, más aún al agravarse la crisis.

Si la gestión económica de los militares obstaculiza los nuevos proyectos, los elementos políticos de su quehacer no lo fueron menos. EN muchos casos el nacionalismo presente en la ideología de los cuerpos armados entorpeció las aspiraciones del gran capital internacional y nacional para lograr una más plena integración. Es más, este propio nacionalismo alimentó divisiones y conflictos regionales que junto con distraer recursos entorpeció el reacomodo de fuerzas.

El caso extremo en este orden fue la aventura en las Malvinas llevada adelante por los militares argentinos, en donde la posición de Estados Unidos quedó seriamente dañada en la región luego de su alineamiento con Gran Bretaña en el conflicto.

Este mismo enfrentamiento permitió reverdecer las ajadas posiciones integracionistas y la deteriorada unidad latinoamericana que no favorecen, en las actuales circunstancias, los proyectos renovadores del gran capital financiero, en la medida que se privilegia la articulación caso por caso al mercado mundial y no de bloques de países o regiones.

En este cuadro, la instauración de gobiernos civiles se constituyó en una verdadera necesidad.

Los plazos para sus ascensos han sido diversos como diversas han sido las soluciones institucionales establecidas en los diferentes países. Sin embargo, existen ciertos denominadores comunes que vale la pena destacar.

El primero está en relación con las formas que ha asumido el reflujó militar. Por lo general el traspaso de los gobiernos militares a las fuerzas civiles se ha realizado de manera

programada y cumpliéndose con calendarios establecidos. El retiro de las Fuerzas Armadas de la primera escena ha sido realizado de manera ordenada. No ha constituido una huida, lo que les ha permitido mantener intactas sus fuerzas.

Esto les ha dado margen para negociar la mantención de un papel destacado en las nuevas instituciones gubernamentales y abrir los espacios políticos sólo hasta puntos que no desbaraten los reajustes llevados a cabo en la primera etapa contrainsurgente. En gran medida han podido continuar siendo un poder activo tras el trono de los gobiernos civiles. Los Consejos de Seguridad Nacional, los Tribunales Constitucionales y otras instituciones constituyen los instrumentos de su gestión en la nueva situación.

A la fecha, sólo el retiro de los militares argentinos -luego de su fracaso político y militar en las Malvinas- se ha realizado de manera poco ordenada, lo que otorgó al gobierno radical condiciones favorables para enjuiciar a los mandos superiores de las diversas armas.

En la situación Centroamericana la presencia de los militares es más ostensible. El peso de las fuerzas revolucionarias, particularmente en El Salvador y Guatemala y, por ende, la necesidad de contener el avance insurgente, obliga a una mayor ingerencia militar. En este sentido, Napoléon Duarte es más una figura decorativa que sigue los dictados de los estrategas militares internos y del Pentágono, que un Presidente en plenitud de atribuciones.

También pesa en la zona la estrategia del gobierno norteamericano de 'recuperar' Nicaragua, política que ha llevado a una creciente militarización de la región con el consecuente sobredimensionamiento del poder de los militares también en Honduras.

El cruce de todos estos elementos se traduce en serias limitaciones a los procesos de aperturas políticas. La democratización en América Latina avanza cargando las cadenas de su pasado militar que bajo nuevas modalidades sigue presente en la situación actual.

Un segundo denominador en el proceso de democratización es que han sido particularmente fuerzas del centro político

las que han triunfado en las convocatorias electorales postmilitares.

El desprestigio de los sectores políticos más ligados a los regímenes dictatoriales y la debilidad de las fuerzas de izquierda en el cono sur,, afectadas por la represión, el exilio y la censura, explican en gran medida los triunfos de los radicales en Argentina, del PMDB en Brasil y los colorados de Uruguay.

A pesar de haber ingresado tardíamente a las tareas democratizadoras, por lo general sólo después de desatada la crisis económica a comienzos de los ochenta, estas fuerzas, de connotación burguesa en sus políticas a pesar de contar con una base social heterogénea, han podido capitalizar el amplio abanico de presiones sociales, particularmente populares, así como de agrupaciones de defensa de los derechos humanos.

La fortaleza de la izquierda y del movimiento popular en Chile, como excepción que confirma la regla, constituye uno de los factores fundamentales para comprender los problemas de las fuerzas de centro (primeramente la Democracia Cristiana (DC)) para constituirse ante los ojos de los militares y del Departamento de Estado en una alternativa de recambio fiable, capaz de controlar la situación futura. Existe en ese país un proyecto democratizador con fuerte apoyo de masas que rebasa los márgenes que aseguren tranquilidad a los sectores monopólicos y a las altas esferas militares.

En el caso centroamericano el triunfo de las fuerzas de centro ha tenido en la Democracia Cristiana uno de sus puntos privilegiados. Inicialmente en El Salvador y posteriormente en Guatemala con Vinicio Cerezo, las posiciones de la DC se han visto significativamente acrecentadas. Esto es el resultado de una calculada estrategia en donde confluyen los intereses de la Casa Blanca, del actual gobierno de Bonn y de sectores de los grupos dominantes locales en orden a encontrar fórmulas políticas que impidan el avance de la revolución, propiciando reformas.

De alguna manera es la reedición de la estrategia que permitió el triunfo de Eduardo Frei en Chile en 1964, con un caudal de votos que sumió a la izquierda en una profunda pero corta crisis. Esta fue revertida a los seis años, luego del fracaso del proyecto reformista, permitiendo el ascenso de Salvador Allende a la primera magistratura del país. La DC parece constituir nuevamente una tabla de salvación para países como Guatemala, El Salvador donde las respuestas militares si bien han impedido (con el apoyo de los Estados Unidos) el triunfo de las fuerzas insurgentes, no han logrado minar las bases sociales que sostienen a los movimientos guerrilleros.

Sólo en Costa Rica, país en donde la presencia de la izquierda se da preferentemente en los foros parlamentarios, las fuerzas socialdemócratas mantienen una posición destacada.

En el cono sur del continente las relaciones de la socialdemocracia y el gobierno norteamericano presentan ambivalencias. El APRA de Alan García mantiene una fría relación con la Casa Blanca por sus posturas nacionalistas, mientras los radicales en Argentina se han ganado las simpatías del gobierno de Ronald Reagan con su apoyo al Plan Baker y el impulso al Plan Austral, siguiendo los antipopulares lineamientos del FMI.

Los gobiernos de la nueva democracia en América Latina se encuentran en el centro de un fuego cruzado: ante presiones del movimiento popular por mayores aperturas políticas y cargar con menos costos de la crisis, y del capital internacional y sus voceros internos, preocupados por el pago de los réditos y que se avance más aceleradamente en la reestructuración económica.

Estas presiones van en direcciones contrarias, lo que a mediano plazo augur cambios significativos en la situación que hoy prevalece.

Si bien ha sido uno de los ejes sociales claves en el impulso de las medidas democratizadoras, el movimiento popular no ha podido desarrollar las condiciones para pesar de manera más efectiva en las soluciones hasta ahora implementadas. La desarticulación que le provocó las medidas represivas de

la etapa militar y el movimiento que la propia crisis ha provocado en ciertos sectores, han operado desfavorablemente en sus aspiraciones.

Sin embargo es notorio un claro repunte en los últimos años, ganando en autonomía respecto de los heterogéneos bloques que dieron inicio a las aperturas, ganando sus movilizaciones en calidad y cantidad.

Esta situación modifica las relaciones de fuerza y pone en entredicho los límites con los cuales arrancó el proceso democratizador, como la marginación de fuerzas políticas, la utilización de mecanismos indirectos de elección, la presencia de instancias de control político de la población, etcétera.

Las movilizaciones y alianzas por alcanzar una más amplia democratización ganan nueva vida en América Latina y tienden a hacer de un nuevo actor, el movimiento popular, el sujeto fundamental de esta etapa.

No es difícil percibir que esta tendencia choca con los movimientos en contrario que buscan mantener fórmulas leoninas de pago de la deuda, de mayores compulsiones en las condiciones de vida de las grandes mayorías. La flexibilidad de los acreedores parece constituir una salida ineludible en la actual situación. Es imposible pagar, crecer y satisfacer las mínimas demandas de la población.

América Latina vive uno de esos períodos particulares en donde en poco tiempo se concentran grandes y difíciles experiencias. Los más diversos sectores sociales se activan en la búsqueda de nuevos horizontes políticos y económicos. Sin menospreciar lo alcanzado para quienes aspiran a una mayor justicia no es difícil concluir que el camino recién comienza.

Este libro se terminó de imprimir en junio
de 1990 en PSS, Asesoría Editorial.
La edición y la portada estuvieron a cargo
de Signa, diseño para la comunicación S. C.
El tiraje fue de 500 ejemplares.

¿Cuáles son los límites del Estado y cuáles los espacios propios de la sociedad civil? ¿Cómo debe ser concebida la democracia? ¿Es acaso una conquista de los sectores dominantes o una conquista de las clases dominadas? Entre son algunas de las interrogantes que hacen respuesta en los ensayos contenidos en el presente libro.

Junto al momento de esta revista se busca aportar elementos que permitan la comprensión de los cambios que sufren el Estado y el sistema de dominación en América Latina, tras el derrocamiento de las dictaduras militares y el inicio de los procesos de democratización.

Jaime Oyarza, sociólogo chileno, profesor del departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco, doctorado en El Colegio de México. Autor de los libros: El análisis de coyuntura, ediciones CIGAMQ México, 1987, y de Valores económicos y sociales de la democracia, Chile 1850-1970. Ediciones Era-UAM, 1990. Ha publicado también un gran número de artículos en revistas especializadas y es colaborador en el periódico La Jornada.